
ESPACIO
ESTE
ES
MI PLANETA
CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

Éste es mi planeta

Ediciones **TORAY**
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Espacio el Mundo Futuro/488

Depósito Legal: B. 33.390 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Mientras «galopaba» hacia Londkland a la moderada velocidad de cincuenta kilómetros a la hora, Pedro Barrán contemplaba, con una mezcla de envidia y amargura, los bien cuidados campos del Planetlord Angus Vince MacFayren. En comparación con los suyos, y tenían poco que envidiar a los de nadie, los campos de MacFayren eran un edén.

Claro, se dijo; MacFayren era un Planetlord, un hombre que pertenecía a la privilegiada casta de los señores del planeta. En cambio, él era un simple Standard, un hombre de serie, como había muchos miles más en aquel mundo llamado Zengland.

MacFayren, como todos los Planetlords, gozaba de una serie de ventajas y distinciones que a él le estaban vedadas. MacFayren podía emplear a otros hombres, tantos como quisiera, sin limitación alguna, pagándoles sueldos irrisorios. Si él, Pedro Barrán, quisiera hacerlo, tendría que pasar por tal serie de trabas burocráticas, que encanecería antes de conseguirlo.

MacFayren podía disponer de vehículos provistos de cabinas climatizadas. Él, en cualquier tiempo, sólo podía disponer de su vehículo que la costumbre hacía seguir llamando caballo, pese a que del mismo tenía muy poco.

El vehículo de MacFayren, y los de todos los Planetlords, podía alcanzar velocidades ilimitadas. El aerohipomóvil de Barrán, en abreviatura oficial AHM y comúnmente caballo, no rebasaba jamás los sesenta a la hora.

Además, estaba descubierto. Si llovía o nevaba, tenía que usar impermeables y ropas de abrigo, y se asaba de calor en el buen

tiempo. Sólo los Planetlords podían viajar cómodamente en el interior de sus cabinas climatizadas, en donde no se notaba jamás las inclemencias del ambiente externo.

Realmente, sólo la costumbre hacía que se llamase caballo a aquel vehículo en que viajaba Barrán. Era una especie de cilindro de metal, con dos entrantes a la altura de las rodillas y sendos estribos para apoyar los pies. Un sillín acolchado proporcionaba comodidad al viajero, en cierto modo, ya que no podía reclinarse ni adoptar ninguna otra postura que no fuese la de los antiguos jinetes que montaban en caballos auténticos.

El AHM adolecía de otras limitaciones, como eran la imposibilidad de elevarse a más de dos metros de altura del suelo. Podía, desde luego, mantenerse en vuelo indefinidamente, pero tres o cuatro horas de silla cansaban al más avezado conductor.

Los aeromóviles de los Planetlords, por supuesto, podían alcanzar cotas prácticamente ilimitadas. Él, Pedro Barrán, podía franquear cualquier montaña, pero volando siempre a dos metros del suelo. Los mecanismos del artefacto evitarían siempre una colisión con cualquier saliente imprevisto, pero no había poder humano capaz de conseguir que un AHM se elevase más de dos metros.

¡Había tantas limitaciones para los Standards!, suspiró Barrán. En realidad, parecían vivir de limosna. A veces, Barrán se consideraba un verdadero esclavo.

Ciertamente, poseía sus terrenos propios y obtenía de ellos un buen provecho, pero aspiraba a más. Barrán aspiraba a que un día desapareciesen aquellas injustas limitaciones, aquellas abismales diferencias de clase que no tenían razón de ser en un mundo separado de la Tierra por centenares de años luz.

Pero todo aquello, Pedro lo daba por bien empleado, porque, al igual que millares de Standards, suspiraba pensando que en que sus tribulaciones iban a tener pronto fin, porque ya se acercaba el término del destierro.

El plazo que los científicos habían marcado para la habitalidad de la Tierra estaba próximo. Entonces, cuando se diese la señal, los contratos establecidos con los Standards quedarían rotos automáticamente.

Todos podrían regresar a la Tierra. Allí serían de nuevo hombres

libres, sin tener que sujetarse a las decisiones de otros, a menos que lo hiciesen voluntaria y conscientemente.

Y entonces, todas aquellas leyes discriminatorias y despóticas dejarían de tener efectividad.

Barrán, como lo habían sido sus antepasados, sería una vez más un hombre libre.

El jinete dejó de pensar en hechos tan amargos. Las casas de Londkland, la capital de Zengland, estaban ya a la vista.

* * *

Los ojos de Pedro Barrán se fijaron un momento en la altiva construcción que se erguía en lo alto de la colina. Allí residía Jermyn Falldane, el Gran Planetlord, el primero entre los Señores del planeta, el hombre cuya palabra, cuando se refería a un Standard, era ley.

Barrán torció el gesto y siguió adelante. En las cercanías de las ciudades, la velocidad era sólo de veinte kilómetros por hora.

Las casas eran de una o dos plantas tan sólo y componían manzanas de cuadriculado perfecto. Las aceras eran amplias y sombreadas por copudos árboles. La gente, en general, iba bien vestida y sus rostros expresaban el hecho incontrovertible de que estaban bien alimentados.

Pero el buen vestir y el bien comer no lo era todo. Faltaba algo más importante. O sobraba algo odioso: la distinción de castas entre los Planetlords y los Standards.

Barrán divisó de pronto una muestra que alejó de su mente fúnebres pensamientos. Tenía sed y allí, en la taberna de Horoz, se vendía buena cerveza.

Maniobró para dejar el AHM en el estacionamiento que había frente a la taberna. Paró el vehículo, pero lo dejó en mínimo funcionamiento, a fin de que quedase suspendido a un metro del suelo. Se apeó y entró en el local.

Había una pantalla de televisión en funcionamiento. El locutor mencionaba un tema que atraía la atención de todos los concurrentes:

—... los últimos «tests» realizados demuestran que la radiación de la Tierra se disipa con gran rapidez. El telecontador Geiger

gigante, instalado a bordo de la nave exploradora «Thames», indica una radiactividad que, en caso necesario, podría ser soportada sin grandes inconvenientes para el organismo, pero los expertos aseguran que todavía faltan un par de años, antes de que el riesgo de contaminación quede eliminado por completo…

Se oyeron voces de alegría y suspiros de alivio. La alegría era general.

Rol Horoz, el tabernero, se acercó a Barrán.

—¿Has oído, Pedro? —preguntó.

—Sí, las noticias no son malas del todo, Rol.

—Dentro de dos años, todo el que lo desee, podrá regresar a la Tierra. Tú también, me imagino.

Barrán contempló pensativamente la jarra de cerveza que Horoz le había servido, adivinando su petición de antemano.

—¿En qué naves, Rol? —preguntó,

Horoz se quedó parado.

—Pues… en la «Grampian Mountains», claro.

—¿De veras? —Barrán sonrió cáusticamente—. Caben unas trescientas familias. Los Planetlords son doscientas ochenta familias, en cifras redondas. Nosotros formamos una población global de unas cincuenta o sesenta mil personas. ¿Dónde nos vamos a meter, Rol?

—Bueno, la nave hará viajes…

Barrán volvió a reír.

—Es el mejor chiste que he oído contar en los días de mi vida. Rol, parece mentira que seas un Standard con dos dedos de frente.

—Pero, Pedro…

—Déjame, no tengo ganas de oír tonterías —rezongó Barrán.

—Pedro, los Planetlords han prometido que se celebrará un riguroso sorteo para regresar a la Tierra, en el que no se admitirán distinciones, y que la nave hará cuantos viajes sean necesarios para llevar allí a todo el que lo desee.

—¡Promesas, promesas, promesas! —barbotó el joven, cuyo humor, sin saber a ciencia cierta por qué, se ennegrecía por momentos—. Dime, Rol, ¿cuándo hasta visto tú que un Planetlord cumpla la promesa que ha hecho a un vil Standard?

—Cuidado con lo que dices, Pedro —advirtió Horoz sinceramente—. Aquí, las paredes tienen oídos.

Barrán volvió a sonreír.

—Ahora mismo tengo que ir a ver a Dan Bix. Es un Planetlord. Me prometió prorrogar el préstamo que me hizo el año pasado. Tengo los mejores terrenos del otro lado de Wales Hills. Jamás me falla una cosecha. ¿Te apuestas la cerveza que yo pueda beber durante un año a que no me concede la prórroga?

—Hombre, Bix es de los pocos Planetlords honrados...

—¡Y un cuerno! Sé de antemano lo que me va a contestar. No hay prórroga, sino concesión del cincuenta por ciento de mis beneficios, como socio de mi propiedad. De modo que, en lugar de ser un hombre libre, dentro de lo pobremente que este concepto suena en Zengland, pasaré a ser un esclavo. He conseguido remontarme, con mi propio sudor, hasta ser un Standard A. Cuando salga del despacho de Bix, seré un Standard C.

—Lo ves todo demasiado oscuro, Pedro —dijo Horoz, tratando de ser conciliador—. Anda, tómate otra cerveza; yo te invito.

—Gracias, pero no tengo ganas. —Barrán metió la mano en su bolsillo y sacó una moneda de hierro, de forma octogonal—. Ellos las usan de oro, tenlo en cuenta, Rol —añadió, a la vez que dejaba la moneda en el mostrador.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la salida. Al cruzar la puerta, oyó una voz a su derecha.

—Parece que está muy resentido con los Planetlords, Pedro Barrán —dijo el hombre—. ¿Tiene la bondad de repetirme a mí lo que le acaba de decir al tabernero?

CAPÍTULO II

Barrán se volvió y miró al individuo. Estaba apoyado junto a la puerta, con los brazos cruzados.

Vestía el uniforme de la Policía de Londkland: cazadora roja y pantalones negros, con perneras doradas. En las mangas de la cazadora ostentaba las insignias de sargento primero.

El hombre tenía el pelo rubio y los ojos muy azules. Era recio y fornido, aunque Barrán no le iba a la zaga en este aspecto. Sin embargo, el pelo y los ojos del joven eran negros y su piel estaba tostada por las inclemencias del sol y del viento.

—Bueno —dijo el sargento Clarke—, ¿se ha vuelto mudo?

Barrán inspiró con fuerza,

—Lo dicho, dicho queda —replicó—, y tengo pleno derecho a expresar mis opiniones, así que no he cometido ningún delito.

—A mí no me gusta lo que ha dicho. Lo considero como un insulto, Barrán.

—¿Le molesta que alguien diga la verdad? —preguntó el joven con ironía—. ¿Le desagrada que alguien exprese en voz alta lo que todos piensan en silencio?

—A mí me molesta usted en particular. A mí me molesta usted porque es un maldito y piojoso Standard, que debería lamer el suelo que piso yo, condenado hijo de perra.

Barrán se puso lívido por la ira.

—Sargento, su cargo no le da derecho a pronunciar ciertas frases ofensivas. Retírelas o…

Clarke adelantó la mandíbula orgullosamente.

—¿Me pegará si no lo hago? —preguntó el otro en tono retador.

—Se lo merecería usted, pero... —Barrán se encogió de hombres, pensando que no valía la pena provocar un incidente en el que él no resultaría ganancioso precisamente—. Está bien, me voy.

La dura zarpa de Clarke apretó su hombro.

—No tan de prisa, amigo —dijo—. Usted me ha insultado y exijo una reparación. Quiero que diga, ahora y aquí mismo, que los Planetlords somos todos unos seres altruistas y benéficos y que los Standards tienen que dar gracias al cielo a diario por nuestra existencia. ¡Repítalo a voz en cuello, maldito bastardo!

A Barrán ya no le importó nada a partir de aquel instante. No le importó siquiera que el incidente hubiera atraído a una pequeña multitud de curiosos.

Tampoco le importó que Clarke fuese un sargento de la Policía. Sólo en el momento en que disparaba su pesado puño, endurecido y fortalecido por el continuo trabajo, se dio cuenta de la trampa que le había sido tendida.

Ni siquiera intentó escapar después. Sabía que la Policía disponía de veloces vehículos, al lado de los cuales su AHM era menos que una tortuga. Resignado, se dispuso a afrontar el terrible castigo que merecía todo Standard que se atrevía a golpear a un Planetlord.

Minutos después, cuatro policías caían sobre él y se lo llevaban a la cárcel. Les cuatro eran Standard A, policías rasos. Sólo los Planetlords podían tener graduación de sargento para arriba, naturalmente.

* * *

Los tristes y lúgubres pensamientos de Barrán fueron cortados de repente por una voz femenina, de imperativos matices:

—¡Abra esa puerta inmediatamente! ¡Quiero ver al preso...!

—Pero, señorita; las órdenes son muy severas...

—¿Osará contradecir a una Planetlady, miserable carcelero? ¡Soy la hija del Gran Planetlord, y si me desobedece, haré que le encierren en otra celda inmediatamente! ¡Abra, le digo!

Se oyó ruido de cerrojos. La puerta que daba acceso al corredor de celdas se abrió de inmediato. Tacones que pisaban rápido y fuerte se oyeron a continuación.

Una hermosa joven apareció ante los ojos del prisionero. Barrán se quedó pasmado al verla.

—¡Tú! —exclamó—, Digo, perdón… usted… lady Yalia…

—Nada de tratamientos, Pedro —cortó ella bruscamente—. He venido a arreglar tu asunto.

Barrán la contempló durante unos segundos. Realmente, era una hermosa mujer, alta, de formas rotundas, larga cabellera rubia y ojos muy azules. Las ceñidas vestiduras que usaba servían para acentuar la esbeltez de su talle y la finura de sus bien torneadas piernas.

—¿Arreglar mi asunto? —rió él—. Yalia, estás loca. Esto no hay quien lo arregle.

—¿De veras? Sin duda olvidas de quién soy hija —contestó ella orgullosamente.

—No lo olvido. No podría olvidar que eres la hija del Gran Planetlord, el muy honorable Jermyn Falldane. Eso no se olvida fácilmente. Pero tú pareces no querer saber quién soy yo.

—Un hombre que perdió la cabeza momentáneamente. Eso es todo, Pedro. ¿Recuerdas hace dos años en Wales Hill? Me salvaste la vida. Entonces dije que no lo olvidaría jamás. Ahora estoy dispuesta a devolverte el favor.

—No quiero que me pagues algo que hice por mera humanidad, Yalia. Vete, déjame; yo sabré enfrentarme con mi suerte…

Yalia sonrió.

—Entonces, si no lo haces por agradecimiento… hazlo por lo otro, Pedro.

Barrán oyó aquellas palabras y sintió un repentino aflujo de sangre al corazón.

Miró de nuevo a la joven. La vio desvalida, indefensa ante aquel colosal tigre negro de colmillos de sable que se disponía a caer sobre ella…

El tigre murió a consecuencia de dos certeros disparos hechos por Barrán. Ella le contó entonces que había salido sola de cacería. La inesperada presencia de la fiera le había hecho caer al suelo y tenía un tobillo levemente torcido.

Yalia se quedó varios días en la propiedad de Barrán. Corría un fresco arroyuelo por las inmediaciones, abundaba el césped y los árboles daban grata sombra.

Barrán era un hombre joven y apuesto. Ella era hermosa. Fueron unos días bellos.

Después, se habían separado, viéndose accidentalmente de vez en cuando. Alguna vez, Yalia le había invitado a su casa, pero él no había querido aceptar.

No era posible. La diferencia era enorme, no sólo por la clase social distinta, sino por la diferencia de fortuna.

Porque el padre de Yalia, además de ser el primero de los Planetlords, era el más rico de Zengland.

Barrán estuvo a punto de claudicar, pero se contuvo. Meneó la cabeza y contestó:

—Ni siquiera por eso cederé, Yalia.

* * *

Ella parpadeó, asombrada.

—Pero, Pedro...

—¡Escucha! —dijo el, furioso—. Ya empiezo a estar harto de lo que sucede en este maldito planeta. Estoy harto de que los Planetlords nos tengan a todos bajo sus pies. Sé que me castigarán, pero cuando quede libre, voy a luchar con todas mis fuerzas para que desaparezca este injusto orden social en que vivimos,

—Pedro, yo no tengo la culpa...

—No la tienes, pero aceptas todas las ventajas, de esa injusticia. En vez de protestar para que haya igualdad, callas. En lugar de obrar como sientes, guardas silencio. No puedo escucharte, por tanto.

—Te propongo remediar la injusticia que han cometido contigo, Pedro —alegó ella.

—Sí, por medio de tu influencia y no por un acto de verdadera justicia. Es cierto que dije algunas cosas fuertes en la taberna, pero los verdaderos insultos procedieron del sargento Clarke.

—Golpeaste a un policía que, además, es Planetlord, reconócelo, Pedro.

—Lo admito. Pero ¿sabes por qué me insultó? ¿Quieres conocer la verdad íntegra?

—Te lo agradeceré —respondió Yalia, muy pálida, con los labios apretados.

—Dan Bix me concedió un préstamo sobre mis tierras. Vine a Londkland a que me lo prorrogase. Sé lo que me iba a contestar, porque ya me lo había insinuado. Cancelación del préstamo a cambio de otorgarle yo derechos de sociedad al cincuenta por ciento en mis tierras. Bix sabía también cuál iba a ser mi respuesta. Negativa. ¿Vas comprendiendo ahora?

—No, porque no veo qué relación pueda tener Bix con Clarke —dijo Yalia.

—Clarke y la hija de Bix se casan el mes que viene. Sencillamente, Bix le pidió que me provocase, para obtener así por cuatro monedas la confiscación de mis tierras. ¿Está claro ya?

—Pero... ¡eso es monstruoso! —exclamó Yalia.

—¡Como todo lo que hacéis vosotros, los Planetlords! —dijo Barrán amargamente.

—Pedro, yo quiero ayudarte. Soy sincera, te lo aseguro. Hablaré con mi padre...

Una mueca de desprecio curvó los labios del prisionero.

—El muy honorable Jermyn Falldane, Gran Planetlord de Zengland, Descendiente directo de aquellos primeros colonos británicos y neozelandeses que llegaron a este planeta y al que dieron el nombre de Zengland en honor a sus países respectivos. La capital, Londkland, está formada también por la conjunción abreviada de los nombres de las dos capitales, británica y neozelandesa: Londres y Auckland. Todos eran rubios, blancos y de ojos azules. No ha habido jamás mezcla de sangre, la pureza racial se ha conservado en todo su esplendor, incluso después de la llegada posterior de los primeros Standards. ¿Sabes por qué nos admitieron y toleraron aquí, aun siendo de piel y raza distinta a ellos? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—Conozco bien la historia de Zengland, Pedro —contestó Yalia rígidamente.

—No, no la conoces bien, Yalia. Aquí llegó solamente un pequeño grupo de colonos de tu raza. Pero se necesitaban brazos y por eso aceptaron que viniéramos nosotros. Mi color no es muy distinto del vuestro, salvo en el pelo y en los ojos, pero, claro, mi pelo es negro y mis pupilas también. Resultado: separación total de razas y opresión de la inferior por quienes a sí mismo se consideran superiores. Es contra todo esto contra lo que yo voy a luchar, Yalia,

quiero que lo sepas bien de una vez.

—Pedro, deseo pedirte un favor —rogó ella.

—¿Qué favor puede otorgar un miserable Standard a un ejemplar puro de Planetlady? —exclamó él sarcásticamente.

—Sólo un poco de paciencia. Dentro de dos años se regresará a la Tierra. Seréis libres. Estas leyes injustas dejarán de existir…

Barrán soltó una atronadora carcajada.

—¿Volver a la Tierra? ¿Cincuenta o sesenta mil personas en una nave en la que escasamente caben dos mil?

—La «Grampian Mountains» hará más viajes, Pedro.

—No. Vosotros os iréis primero. La Tierra está deshabitada. ¿Cómo vais a tolerar que allí se establezca una raza inferior? ¿Lo comprendes ahora?

Yalia se quedó anonadada.

—No había pensado en ello…

—Pues esto es lo que ocurrirá, y como va a suceder así, yo voy a luchar para evitarlo. Por tanto, no quiero pedir favores ni gracia a nadie, ni a ti ni al juez que ha de juzgarme mañana,

Ella le miró fijamente durante unos segundos.

El tono de Barrán era de absoluta rotundidad. A pesar de todo, intentó un último esfuerzo.

—¿Es tu última palabra? ¿No hay posibilidad de que puedas recapacitar en las pocas horas que quedan hasta el momento de tu juicio?

Barrán meditó un instante.

No era una decisión tomada a la ligera. No se trataba de una actitud fruto de un momentáneo despecho. Hacía tiempo ya que meditaba hacer algo parecido.

Lo había pensado más de una vez en las largas noches de soledad en sus campos. Sólo le había faltado la chispa, el agente catalizador de sus reacciones emotivas.

La chispa había sido la deliberada provocación del sargento Clarke. Ya no podía ni quería volverse atrás.

Ocurriese lo que ocurriese, lucharía hasta el fin, sin debilidades, sin claudicaciones, cualquiera que fuese su suerte.

—Adiós, Yalia —fue todo lo que contestó.

CAPÍTULO III

El juez, togado, arcaicamente empelucado, golpeó la mesa con su mallete y dijo:

—Se han probado de modo concluyente todos los cargos contra el acusado. En virtud de la potestad legal que me ha sido conferida, condeno al acusado Pedro Barrán, Standard A, a la pena física de veinte azotes, a confiscación de todos sus bienes, que serán puestos en pública subasta y a la degradación a Standard C. La sentencia de azotes se cumplirá inmediatamente, en este mismo lugar, pero antes quiero dar oportunidad al acusado de que alegue en su favor lo que estime necesario.

Barrán sonrió ligeramente.

—No tengo nada que decir, Señoría —contestó.

El juez hizo una señal con la mano. Dos policías se adelantaron y asieron por los brazos al reo.

En una de las paredes de la sala de justicia había una anilla. Los brazos de Barrán fueron sujetos por sendos pares de esposas de acero a la anilla.

Uno de los policías calculaba el peso del látigo de cuero trenzado que tenía en la mano. Los otros dos dejaron al aire el torso del sentenciado.

El ejecutor miró al juez, quien hizo un gesto con la cabeza. El rebenque se levantó y osciló un instante en el aire.

Pero no llegó a caer. Una voz femenina gritó:

—¡Alto! ¡Suspendan el castigo!

Hubo una fuerte conmoción entre el medio centenar de personas, casi todos los Planetlords, que asistían al juicio.

Abriéndose paso entre la concurrencia, Yalia Falldane llegó frente al estrado y declaró:

—Señoría, solicito ser personalmente la ejecutora de la pena de azotes impuesta al reo.

El juez se quedó con la boca abierta y lo mismo sucedió con el secretario, que estaba a su derecha. Dan Bix y el sargento Clarke, igualmente presentes, se sentían llenos de asombro.

—Pero, lady Yalia... —balbuceó el juez—. Su petición es... insólita...

—¿Insólita? ¿Por qué califica Su Señoría así a una petición perfectamente encuadrada en las leyes que rigen a Zengland? Cualquier ciudadano no sólo puede, sino que debe ayudar a la justicia en la medida de sus fuerzas, ¿no es así?

—Bien mirado, lady Yalia...

—¿Está o no está dentro de la ley? —preguntó la joven, taconeando el suelo con impaciencia.

El juez consultó con la mirada a Bix. Dan Bix no se sentía menos perplejo ante la asombrosa solicitud de la muchacha.

Bix era uno de los más conspicuos Planetlords. Apenas si cedía en rango social y riquezas al padre de Yalia.

Ella solucionó el «impasse», arrebatando bruscamente el rebenque de manos del ejecutor. Barrán volvió un poco la cabeza y dijo:

—Pega fuerte, Planetlady. Sólo soy un vil Standard.

Los ojos de Yalia centellearon. El látigo acarició la espalda del prisionero con la suavidad de una pluma.

Hubo murmullos de asombro entre el público. Yalia, rápidamente, tocó diecinueve veces más la espalda de Barrán y luego lanzó el rebenque al suelo.

—La sentencia de latigazos ha sido cumplida —dijo,

Bix se puso en pie.

Estaba rojo de ira.

—Pero... pero... eso ha sido una burla... ¡Si ni siquiera le ha hecho la menor señal en la espalda!

Yalia se revolvió furiosa.

—Señor Bix, dígame en qué ley está escrita el grado de intensidad de los latigazos que han de ser aplicados a un reo condenado a la pena de azotes —exclamó.

Bix se quedó confundido. Clarke, a su lado, apretaba los puños de ira.

No podía hacer nada contra la joven y lo sabía. Él podía pisotear impunemente a un Standard, pero tenía que pensarlo muy bien antes de meterse con Yalia Falldane.

«De todas formas, me las pagarás», se prometió a sí mismo, lleno de rencor.

El juez carraspeó.

—¡Ejem! ¡La sentencia de pena de azotes ha sido cumplida! ¡El prisionero queda en libertad, pero se le prohíbe regresar a sus tierras, que ya no le pertenecen! ¡La sesión ha terminado!

Todo el mundo se puso en pie. Cuando hubo salido el juez, dos guardias soltaron a Barrán.

Yalia se acercó implorante al joven.

—Pedro...

Barrán la miró con fijeza,

—No me has hecho ningún favor —dijo.

—Te he evitado el daño físico —alegó Yalia.

Él se golpeó el pecho.

—Aquí es donde me duele —dijo—. Los latigazos me habrían hecho menos daño que la injusticia, Yalia. Tú has evitado el dolor físico, pero no la injusticia.

—Pero, yo te... estimo... —Yalia vaciló, no atreviéndose a pronunciar una palabra más concreta.

Barrán terminó de ponerse la camisa que le habían quitado para el momento de recibir los azotes.

—Sigues siendo una Planetlady. Ya sabes lo que soy yo y eso no se puede alterar. Ni yo lo quiero tampoco, Yalia. Adiós.

Ella se quedó inmóvil, las manos a lo largo de los costados, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Sin volver la vista atrás, Pedro abandonó el tribunal.

Salió a la calle. El sol le dio de lleno en los ojos.

Ahora era un paria, un Standard C, un hombre de la última escala social. Si quería vivir, comer, vestirse... tendría que firmar un contrato embrutecedor con un caprichoso Planetlord, que le maltrataría siempre que le viniese en gana y vulneraría a cada paso los términos del pacto, sin que sus protestas sirviesen para nada.

¿Qué podía hacer? ¿Convertirse en un bandido?

La idea le hizo casi reír. ¡Forajido en un planeta casi tan grande como la Tierra, con sesenta o setenta mil habitantes como máximo!

Había una ciudad grande, la capital, Londkland, y tres o cuatro villorrios más. ¿Adónde podría ir con el producto de sus asaltos, suponiendo que decidiese tomar el camino del crimen?

De repente, sin saber cómo, se encontró ante la taberna de Horoz. Suspiró aliviado. Menos mal, su AHM continuaba en el mismo sitio donde lo había dejado dos días antes, cuando tuvo su choque con el sargento Clarke,

Se acercó al vehículo. Cuando se disponía a subir, una mano se apoyó en el manillar de gobierno.

—No te molestes, gusano —dijo Clarke, sonriendo torvamente —. El juez lo ha dicho bien claro. Se te confiscan todos los bienes... incluido tu AHM.

Barrán crispó los puños de rabia. Clarke tenía razón.

—Largo, paria —le apostrofó el sargento.

Los hombros del joven se hundieron. Arrastrando los pies, se alejó de aquel lugar, mientras a sus espaldas oía los sarcásticos ecos de una carcajada de burla del policía.

* * *

Dan Bix, Seth Hanall, Horace Dutts y Jem Lashley entraron en el gran salón de la residencia del Gran Planetlord y se inclinaron profundamente.

—Nos has llamado, señor —dijo Bix.

—Sí, en efecto —contestó Jermyn Falldane—. Quería conversar con vosotros. Pero sentaos, por favor.

Los cuatro hombres ocuparon sendos sillones, mientras Falldane llenaba cinco copas de licor. Jermyn Falldane vestía una lujosa túnica de color púrpura, con orlas doradas, insignia de su rango de Gran Planetlord de Zengland.

—Sois los Planetlords de mayor rango del planeta —manifestó Falldane, después de haber servido a sus invitados—. Formáis parte del gobierno de este planeta, pero los restantes miembros del gabinete carecen de vuestra importancia... y de nuestros conocimientos.

—Nos honras con tus elogios, señor —contestó Dutts.

—Déjate de sandeces —gruñó Falldane de mal talante—. Entre nosotros sobran los protocolos. Todos sabéis lo que pasa, pero estoy seguro de que ninguno se imagina lo que puede pasar.

—¿Disturbios? —río Lashley—. La gente está tranquila, Jermyn.

Falldane vació su copa de golpe.

—Ya no lo estará más después del juicio de ese rebelde, Y si se conociera la verdad, menos todavía —declaró—. ¿Os dais cuenta de que estamos a menos de un mes de la llegada del comandante Lewis?

Uno o dos de los invitados se agitaron nerviosamente en sus asientos.

—Traerá noticias, supongo —vaticinó Bix.

—Sí, las traerá y es preciso evitar que se hagan públicas.

—Se le da la orden de que calle y eso es todo —dijo Hanall.

—Lo peor no es eso, sino que pueda traer un emisario de... del otro lado. Ese emisario no callaría, estoy seguro —manifestó Falldane,

—¿Entonces…? —preguntó Bix.

—Tenemos que idear algún plan. La cosa no se puede llevar ya más lejos. Ha durado demasiados años. En cualquier momento, puede explotar... y pillarnos a nosotros en el centro de la explosión. Es preciso actuar antes de que suceda tal cosa.

—¿Cómo? —quiso saber Dutts,

—Largándonos de aquí antes de que Lewis lo haga público. Él o el emisario que vendrá con él. Lewis callaría, estoy seguro, pero el emisario no, lo que revelará a Lewis de todo compromiso de silencio.

—Bueno, nos largamos de aquí —admitió Dutts—. Pero ¿qué hacemos con las riquezas que hemos acumulado en tantísimos años?

—El oro es pesado y difícil de transportar —argumentó Hanall.

Falldane sonrió.

—Tengo un medio mejor de solucionar este problema. Os lo voy a enseñar, pero antes quiero que juréis guardar el secreto de cuanto veáis. Cualquiera que viole este juramento podrá ser ejecutado por los demás. ¿Entendido?

Cuatro manos se alzaron solemnemente. Falldane hizo un gesto con la cabeza.

—Seguidme —ordenó en tono imperativo.

Falldane echó a andar. Cruzó el salón, apartó unas cortinas y pasó a una estancia, con el aspecto de una salita íntima.

—Es preciso que los cinco nos pongamos en el centro, muy agrupados —indicó.

Sus huéspedes le obedecieron. Entonces, Falldane pisó en un punto determinado del suelo y un cuadrado del mismo, de unos tres metros, se hundió silenciosamente en la oscuridad.

CAPÍTULO IV

Las tinieblas se disiparon treinta segundos más tarde. Bix y los demás se encontraron en un profundo sótano, de temperatura más bien fría, en uno de cuyos lados se veía una extraña máquina de grandes dimensiones.

El sótano medía unos diez metros de lado por cinco de altura. La máquina ocupaba holgadamente la mitad del espacio.

—¿Qué es eso, Jermyn? —preguntó Bix, sumamente intrigado.

Falldane sonrió.

—¿Quieres verlo? —preguntó.

—Hombre...

—Dame algún objeto tuyo, un anillo, tu reloj, lo que quieras.

Bix se sacó del anular una valiosa sortija, con un brillante del tamaño de un garbanzo, y se lo entregó al Gran Planetlord. Éste se acercó a la máquina y pulsó un resorte.

Se abrió una pequeña portezuela, dejando ver un hueco de treinta centímetros de lado. Falldane puso allí el anillo, tapó el hueco y luego se acercó a una especie de teclado de control que había en la máquina, hacia su parte central.

Pulsó unos cuantos interruptores. Numerosas lucecitas se encendieron entonces encima del teclado, oscilando con vivas alternativas durante un par de minutos.

Al cabo de ese tiempo, se oyó un fuerte timbrazo. En el lado opuesto de la máquina se abrió una puertecita análoga a la primera.

Falldane metió la mano en el hueco y sacó la sortija de Bix.

—Aquí la tienes —dijo.

Bix le miró perplejo.

—¿Que has hecho? —preguntó.

—¿Yo? —sonrió Falldane—. Regalarte una sortija igual a la que me has prestado hace unos instantes.

—Vamos, vamos, Jermyn —rezongó Bix—. No me tomes el pelo...

Sin dejar de sonreír, Falldane se acercó a la primera puertecita y la abrió.

Un grito unánime de asombro se escapó de cuatro gargantas.

¡La sortija de Bix estaba en el hueco!

Bix contempló atónito la que tenía en la mano y que era absolutamente idéntica a la primera.

—Pero ¿cómo...?

—Es una máquina reproductora —dijo Falldane, satisfecho de la expectación que había despertado—. Reproduce todo, absolutamente todo, y no una vez tan sólo, sino cien, mil, millares, millones de veces... tantas como se quieran. Horace —se dirigió a Dutts—, ¿quieres tú hacer la prueba con el objeto que te apetezca?

Dutts se quitó la túnica que, si bien era igualmente de color rojo, tenía, en cambio, las orlas de plata, y se la entregó a Falldane.

—Reprodúcela —pidió.

—Con mucho gusto —accedió el Gran Planetlord. La túnica fue a parar a otro hueco mayor que el anterior. Nuevamente se repitieron las manipulaciones de Falldane.

Al cabo de unos minutos, Falldane extrajo de un segundo hueco otra túnica idéntica a la primera. Para que no hubiera dudas, sacó la primera túnica y entregó ambas a su estupefacto propietario.

—He dicho que esta máquina lo reproduce todo —repitió Falldane, exultante de satisfacción—. ¿No es así?

—En efecto —convino Bix.

—Bien, lo reproduce todo, pero ¿qué objeto o beneficio puede reportarnos a nosotros? —preguntó Dutts.

—Tú eres el encargado, creo, de Comunicaciones —dijo Falldane.

—Demasiado lo sabes, Jermyn.

—Y tú, Dan Bix, eres el jefe de Orden Público.

—En efecto.

—Seth Hanall es el director de Finanzas.

—Sí —confirmó el aludido.

—Y, por último, tú, Jem Lashley, eres el director de Producción.

—De acuerdo, pero ¿para qué citas cosas que ya sabemos todos? —exclamó el último de los nombrados.

—En primer lugar, para que recordéis que ocupáis, con el mío, como Gran Planetlord, los puestos más importantes de Zengland; y en segundo, porque debéis enteraros de mis planes, que serán los vuestros y que deberán realizarse a partir de la llegada de la nave del comandante Lewis.

Acto seguido, Falldane se puso a hablar y estuvo haciéndolo sin parar durante veinte minutos seguidos. Al terminar, admitió el diálogo y contestó a preguntas y admitió o rechazó objeciones. Finalmente, dio por concluida la sesión y propuso subir al salón o tomar una copa.

—La estamos necesitando todos —dijo con una sonrisa.

La reunión se disolvió treinta minutos más tarde. El último en marcharse fue Bix,

—Querría pedirte una cosa, Jermyn —solicitó.

—Si está en mi mano... —accedió benevolentemente el Gran Planetlord.

—Hasta cierto punto. Se trata de la vacante que dentro de pocos días dejará el capitán Donaldson en las fuerzas de la policía, por jubilación. El sargento primero Harold Clarke es muy competente, Jermyn,

—Y, además, prometido de tu hija —replicó Falldane, riendo.

—En efecto, así es —sonrió Bix.

—Yo soy el jefe de Orden Público, en efecto, pero no me gustaría encontrarme con objeciones llegada la hora del nombramiento —manifestó Bix con fingida humildad.

Falldane le puso la mano en el hombro.

—Ve tranquilo, amigo mío —dijo—. Cuando llegue el momento, tu futuro yerno ocupará la vacante de Donaldson.

* * *

Dan Bix llegó a su casa exultante de satisfacción. Las cosas, se decía, iban a resultar aún mejor de lo que había esperado.

Había adquirido noticias importantísimas. Pero, sobre lodo, aquella máquina reproductora... Por cierto, ¿de dónde diablos la

había sacado Falldane?

El padre del Gran Planetlord había sido en tiempos un habilísimo inventor. Su hijo no se hubiera quedado atrás, de no haberle dado por la política.

Pero ¿por qué había mantenido la máquina durante tanto tiempo en secreto?

La cosa se comprendía un poco mejor, si se pensaba en la nave del comandante Lewis. Sí, ahora había llegado la ocasión de utilizar tal máquina…, pero no sería Falldane quien obtuviera provecho de tan sensacional artefacto.

Cuando llegó a su casa, Clarke estaba charlando en el porche con Nina, su hija. Bix desembarcó de su aeromóvil y subió las escaleras de la veranda.

—Harold, tengo que hablar contigo —dijo—. Nina, dispénsanos.

—Sí, papá —contestó la joven.

Bix y Clarke pasaron a la biblioteca. El primero cerró cuidadosamente puertas y ventanas y luego se encaró con Clarke.

—Lo hiciste muy bien, Harold —dijo—. Cuando salgan a subasta las tierras del rebelde, serán para ti. Las compraré yo y te entregaré la escritura de propiedad.

—Señor, no sé cómo demostrarle mi agradecimiento…

—Yo te lo diré en seguida, Harold —contestó Bix—. Por supuesto, acudiremos a la subasta, porque es preciso disimular, pero maldito si te harán falta esas tierras en lo sucesivo.

Clarke enarcó las cejas.

—No entiendo, señor —dijo.

—El capitán Donaldson se retira muy pronto. Su vacante será para ti. Pero eso no es todo, aunque de momento no quiero decirte más, excepto la forma de, como antes has mencionado, expresarme tu agradecimiento.

—Estoy dispuesto a ello, señor —aseguró el sargento.

Bix le dirigió una aguda mirada.

—¿Plenamente dispuesto, Harold?

—Plenamente, señor —contestó Clarke sin vacilar.

—Muy bien, entonces…

Bix se acercó a una mesa y escribió algo sobre un papel. Luego, sosteniéndolo con ambas manos, lo situó ante los ojos de Clarke.

—¿Qué lees, ahí, Harold? —preguntó.

La respuesta de] sargento llegó segundos más tarde:

—Cuatro nombres, señor.

—Está bien. ¿Te los has aprendido de memoria?

—Sí, señor.

Los ojos de Bix llamearon.

—Esos cuatro hombres tienen que desaparecer —dijo.

Hubo un momento de silencio. Clarke inspiró con fuerza.

—Entiendo, señor —contestó. Y añadió—: Déjelo todo de mi cuenta.

Bix sonrió, a la vez que daba unas palmaditas a su futuro yerno,

—Por supuesto, Nina no tiene nada que saber de esto —dijo—. Si te pregunta algo, contéstale que se trataba de asuntos reservados del servicio,

—Sí, señor.

—Y... una cosa, Harold; si triunfas, y espero que sí, habrás hecho tu fortuna para siempre. ¿Estamos?

Clarke se inclinó profundamente.

—Cuatro familias vestirán muy pronto de luto —aseguró.

* * *

Al quedarse solo, Bix destapó una botella y llenó una copa.

Sentíase enormemente satisfecho. A su juicio, Falldane había cometido un terrible error enseñándoles la máquina reproductora. Bien, era un artefacto que a él le resultaría muy útil.

Sobre todo, le serviría para aliviar el exceso de carga que, de otro modo, habría debido transportar en su astronave. Todo dependía, se dijo, de que el comandante Lewis o el emisario trajesen las muestras pedidas. Pero esto era algo que no podía fallar.

Tampoco fallaría la otra parte del plan. En realidad, en esta parte, mucho más antigua, tomaban parte todos los Planetlords rubios y de ojos azules, desde hacía muchísimos años. Todos ellos habían sabido callar y guardar ferozmente el secreto, engañando a los Standards casi desde tiempo inmemorial.

Pero, si no hubiera sido por los Standard, ellos no habrían podido alcanzar la situación de privilegio en que ahora se encontraban, ni tampoco acumular los tesoros que poseían todos los Planetlords y que iban a viajar con ellos muy pronto.

—Bueno, esperan viajar, pero…

Un ligero ruidito cortó los agradables pensamientos de Bix. Volvióse rápidamente y encontró a un hombre en la estancia.

Bix parpadeó, enojado.

—¿Por dónde diablos has entrado, miserable? —preguntó.

Pedro Barrán sonrió.

—Por la ventana, naturalmente —contestó—. ¿Cómo podría un vil Standard soñar en entrar en la casa de un Planetlord por la puerta principal?

—Me parece que tienes ganas de gresca —dijo Bix—. ¿Quieres que llame a la policía? Seguramente, el sargento Clarke no actuaría con tanta blandura cuando te midiera las costillas con un buen garrote.

—Suponiendo que pudiera hacerlo, claro.

—Está bien —rezongó Bix—. ¿Qué quieres? No agotes mi paciencia, te lo ruego. Habla de una vez y lárgate.

—Te lo diré en seguida...

—¡Me estás tuteando!

Barrán rió suavemente.

—¿Qué importa eso ahora? —dijo—. He venido a llamarte ladrón y forajido. Tenías que cancelar mi préstamo, pero te ibas a negar.

—Ni siquiera me lo solicitaste...

—Ya lo anunciaste en nuestra anterior visita. Pero tú sabias que yo lucharía con todas mis fuerzas para conseguir la prórroga y que no aceptaría formar sociedad contigo. El cincuenta por ciento de los beneficios para ti y para mí el ciento por ciento del trabajo. Bonita proporción, ¿eh?

Bix apretó los labios.

—Voy a llamar a la policía —anunció.

Se acercó a la mesa y alargó la mano hacia el teléfono. Barrán llegó antes y lo rechazó de un formidable revés, que lo tiró rodando por el suelo.

Bix lanzó un grito de angustia. Vio que Barrán se inclinaba sobre él con ojos llameantes y cobró miedo.

—Me habéis convertido en un paria —dijo—, pero no me sujetaré como un esclavo a un maldito Planetlord. Tú me has despojado de lo que es mío. Está bien, debes pagar el precio de tu

canallesca acción.

La mano izquierda de Barrán alzó a pulso el cuerpo de Bis. Sujetándolo con fuerza, empezó a usar la derecha rápida y duramente, sin compasión.

Diez minutos más tarde, Bix yacía en el suelo, gimiendo, semiinconsciente, con la cara convertida en una masa tumefacta y sanguinolenta. Barrán sabía que aquella acción podía costarle muy cara, pero no hubiera dejado de hacerlo por nada del mundo.

CAPÍTULO V

Jermyn Falldane dormía apaciblemente, cuando, de pronto, sintió que se encendía la luz de su dormitorio.

Abrió los ojos. Delante de él vio a un hombre joven y fornido, cuyo rostro le pareció conocido.

Una vaga alarma se apoderó de su espíritu.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Levántate —ordenó el intruso.

Falldane reconoció de pronto a su inesperado visitante.

—¡Pedro Barrán! —exclamó.

—El mismo. ¿Te levantas o te levanto yo?

—Barrán, ¿te has dado cuenta siquiera con quién estás hablando? —replicó Falldane orgullosamente.

Por toda respuesta, el joven se abalanzó sobre la cama, agarró a Falldane por los cabellos y lo tiró al suelo. Luego le asestó, caído, un par de tremendos puntapiés.

—¡Vístete! —rugió, ebrio de ira.

Amedrentado, Falldane obedeció. Mientras lo hacía, Barrán rasgaba la sábana en tiras, parte de las cuales enrolló en torno a su cuerpo.

Con otra tira le amordazó.

—No quiero que grites —dijo, mientras le ataba las manos.

Luego lo empujó hacia la ventana. Estaba en el primer piso, pero ello no representó obstáculo para Barrán, quien lo descolgó sin dificultades.

Acto seguido, se descolgó él también. Agarró la tira que sujetaba las muñecas de su prisionero y pegó un tremendo tirón.

Falldane cayó al suelo. Intentó levantarse, pero Barrán volvió a tirar y Falldane rodó por tierra nuevamente.

El joven trotó hacia la ciudad, que estaba sumida en el silencio. De cuando en cuando, Falldane conseguía levantarse, pero volvía a caer.

Cuando llegaron a la ciudad, el Gran Planetlord estaba hecho una lástima. Tenía las ropas desgarradas y el cuerpo sucio y lleno de arañazos.

Falldane creía soñar. Jamás se hubiera imaginado a un Standard capaz de semejante ultraje.

Era hombre maduro, pero bien conservado. Sin embargo, no podía compararse físicamente con su captor.

Llegaron al centro de la ciudad. Las calles estaban completamente desiertas.

Barrán había elegido ya el sitio para hacer su demostración. Eligió la viga horizontal de un porche y pasó por la misma otra de las tiras de sábana que había llevado consigo.

Un terror infinito se apoderó de Falldane.

¡Aquel salvaje le iba a ahorcar!

Barrán vio el pánico en sus ojos y sonrió.

—No temas —dijo—. No soy un asesino, ni voy a ahorcarte, como sin duda, harías tú con toda tranquilidad. Lo que voy a hacer es, sin embargo, infinitamente peor. Voy a matar tu maldito orgullo.

Los brazos de Falldane se estiraron bruscamente hacia arriba cuando Barrán tiró con fuerza. Cuando vio que los pies de su prisionero quedaban separados un palmo del suelo, aseguró el otro extremo de la tira y luego, situándose tras él, le desnudó la espalda.

Sacó un finísimo estilete. Falldane se retorció, mientras Barrán escribía en la espalda del Planetlord algo que éste no podía leer, naturalmente.

Al terminar, Barrán limpió la punta del estilete en las ropas del hombre colgado y se situó de nuevo frente a él.

—Mañana te verá toda la ciudad —dijo—. Serás el hazmerreír de todos. Habrás perdido tu prestigio y nadie querrá ya mirarte a la cara. ¿Comprendes ahora por qué no quiero matarte?

Los ojos de Falldane voltearon agónicamente en sus órbitas. Hubiera querido gritar, pero se lo impedía la mordaza. Hirviendo de furor impotente, tuvo que limitarse a contemplar la desaparición de

Barrán en un oscuro callejón no lejano al lugar en que se encontraba.

* * *

Harold Clarke bramaba de furor.

Nina, su prometida, le había llamado poco antes, cuando su padre, reaccionando en parte, había ido a buscarla en demanda de auxilio. La joven se había asustado terriblemente al ver la ensangrentada cara del autor de sus días.

Tras atenderlo un poco, Nina había llamado a un médico y luego a su prometido. Clarke había acudido de inmediato, enterándose rápidamente de la forma en que se había producido el ataque.

—Descuide, señor —había dicho—; no amanecerá sin que haya dado con ese truhán. Esta vez no tendré con él tantas contemplaciones.

Había llamado al cuartel general de la policía, para dar la alarma. Luego salió de la residencia, dispuesto a registrar la ciudad casa por casa.

Encontraría a Barrán, aunque tuviera que demoler la población entera, se prometió.

Clarke volaba en su aeromóvil hacia el edificio de la policía, dispuesto a iniciar la búsqueda del forajido. De pronto vio algo que le hizo dudar de la estabilidad de sus sentidos.

Aquel hombre colgado por los brazos de una viga...

El sargento detuvo su aeromóvil y corrió hacia el sujeto. La mordaza que cubría su boca no le impidió reconocer al Gran Planetlord de Zengland.

—¡Señor! —exclamó, asombrado.

Falldane emitió unos gruñidos que resultaron inteligibles a causa de la mordaza. Pateó un poco y ello le hizo girar, quedando entonces de espaldas al sargento.

El asombro de Clarke subió de punto.

Porque allí, grabada directamente en la carne, había una inscripción de la que se habían escurrido algunos hilillos de sangre.

Era una sola palabra:

IGUALDAD

Y debajo, para que no cupieran dudas, dos iniciales: P. B.

Después de haber estado en casa de su futuro suegro, la cosa estaba clarísima para Clarke: Pedro Barrán era el autor de semejante tropelía.

Falldane volvió a gritar: «Descuélgame de una vez, maldito imbécil», quiso decir, pero sólo brotaban gruñidos de su boca amordazada.

Clarke sacó por fin una navaja y la levantó hasta las muñecas de Falldane. El Gran Planetlord respiró aliviado. Todavía había tiempo de que nadie se enterase de su deshonra.

Pero, de repente, Clarke concibió un torvo pensamiento.

—¿Accidente? —sonrió—. ¿Habiendo un estupendo idiota a quien cargarle el muerto?

La navaja se hundió a fondo en el corazón de Falldane. Uno de sus pies, espasmódicamente, se disparó y alcanzó a Clarke en el estómago, derribándole al suelo.

Clarke se incorporó lentamente, frotándose con las manos la parte afectada.

—¡Qué manera de patear! —masculló, indignado, mientras contemplaba los cada vez más débiles movimientos de la agonía de Falldane.

Cuando Falldane murió, una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Clarke.

—Pedro Barrán, estás condenado a muerte —dijo a media voz.

Limpió cuidadosamente la navaja y la guardó de nuevo. Montó en su aeromóvil y salió disparado hacia el edificio de la policía.

* * *

—Ésta es una vista del planeta Tierra, en su estado actual, donde la contaminación radiactiva desaparece rápidamente —decía el locutor de la televisión londklandesa—. Pronto, queridos amigos, se iniciará el fin del destierro para quienes, desde hace generaciones, vivimos en Zengland…

Los clientes de Rol Horoz se bebían literalmente las palabras del locutor. Todos, naturalmente, eran Standards. Un Planetlord no hubiera pisado aquel local por todo el oro del mundo. Había

tabernas exclusivas para los Planetlords, en donde los Standards tenían acceso únicamente a título de sirvientes.

Horoz escuchaba también la emisión y contemplaba las imágenes de la Tierra, tomadas a unos cincuenta mil kilómetros de distancia. De pronto sintió que le tocaban en el hombro.

Horoz se volvió. Era su esposa.

—¿Qué quieres, Ada? —preguntó.

—Ve al cuarto trasero —dijo la mujer—. Te esperan.

—¿Quién? —inquirió Horoz, extrañado.

—Yo atenderé al mostrador —respondió ella evasivamente.

Horoz lanzó una maldición. Ahora que el programa se ponía más interesante que nunca...

Se quitó el delantal, en el que se limpió las manos. Abandonó el mostrador y empujó la puertecita que conducía a la parte posterior del edificio.

Al fondo había un cuartito que le servía de despacho. Horoz abrió la puerta y divisó una frondosa cabellera rubia y un largo manto negro, con orlas rojas y doradas.

La mujer se volvió al ruido de la puerta. Horoz ahogó un grito de sorpresa.

—Señora —exclamó.

Yalia le miró fijamente.

—Tú eres Rol Horoz —dijo.

—Así me llamo, señora —contestó el tabernero.

—Eras muy amigo de Pedro Barrán, creo.

Horoz se puso rígido.

—No es ningún pecado, creo —respondió.

—Yo no lo considero pecado —dijo Yalia—. Al contrario, estimo que es una suerte para mí, porque así me dirás dónde está Pedro ahora.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Horoz se encogió de hombros.

—Quisiera complacerla, señora, pero...

El manto de luto se entreabrió y una mano blanca y fina apareció sosteniendo una bolsa de tela, que fue a parar sobre la mesa, con metálico tintineo.

—Hay mil libras esterlinas —dijo Yalia—. Contesta, ¿dónde está Pedro?

—Señora, le aseguro que…

—Rol, no me hagas perder la paciencia o llamaré al capitán Clarke.

—Pero ¿por qué habría yo de conocer el escondite de Pedro? —exclamó Horoz.

Yalia no se inmutó siquiera.

—A veces, un Standard comete un delito y se da a la fuga. Hay muchos escondites en Zengland, donde desaparecen y viven los fuera de la ley. Vosotros, los Standards, conocéis esos escondites. Os ayudáis unos a otros.

—En lo cual —respondió Horoz con sarcasmo— no hacemos sino seguir el ejemplo que nos dan los Planetlords.

—Dejémonos ahora de ironías. Diez monedas de a cien libras cada una me dan derecho a saber dónde está Pedro ahora.

—¿Quiere vengar la muerte de su padre?

—Eso es cuenta mía —contestó Yalia en tono seco—. Tienes un minuto de tiempo para decidirte. O me lo dices voluntariamente o el capitán Clarke te lo arrancará a latigazos.

Horoz miró fijamente a la joven.

—Estoy seguro de que Barrán no asesinó a su padre —comentó.

—No he venido a discutir eso, sino a saber dónde se esconde. Por última vez, Rol Horoz.

—Tengo la sensación de que tú no eres como los demás Planetlords —dijo el tabernero—. Pedro está en una cueva situada cinco kilómetros al sudeste de Edimburgh Peak. Encontrarás fácilmente el escondite; hay un grupo de siete hayas a menos de veinte pasos de la cueva y sobre una pequeña cascada.

—Gracias, Rol. Tendré en cuenta tu información,

Yalia se dirigió hacia la puerta. Antes de salir,

Horoz la llamó.

—Olvida usted algo —dijo, entregándole la bolsa con el dinero.

—Son mil libras —exclamó ella, asombrada.

—Ni un millón me harían ceder si estuviese seguro de que usted iba a vengarse de Pedro —contestó el tabernero sencillamente.

CAPÍTULO VI

Apenas hubo salido Yalia por la puerta trasera, una sombra se movió en la oscuridad del exterior.

Harold Clarke se acercó a la puerta y la abrió en completo silencio. Se asomó al pasillo y vio a Horoz, que se disponía a abandonar su despacho.

—No tan de prisa, Rol —dijo.

Horoz se volvió, terriblemente sobresaltado. Clarke avanzó hacia él.

—Esa mujer que acaba de salir era Yalia Falldane, ¿no es cierto? —dijo el policía, sonriendo torvamente.

—No creo que le interese la personalidad de mis visitantes — respondió Horoz, esforzándose por mantener la serenidad.

La mano de Clarke se movió con terrible fuerza. El revés lanzó a Horoz dentro de la habitación de la cual acababa de salir.

—¡Perro! —le apostrofó—. ¿Olvidas que estás hablando con un Planetlord?

En el suelo, Horoz se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Eso es algo que no se puede olvidar nunca, por desgracia — contestó.

—Celebro que pienses así —rió Clarke—. Levántate, quiero que me contestes a unas cuantas preguntas…

—Usted no tiene derecho…

—Los que no tienen ningún derecho son los Standards —atajó Clarke brutalmente—, Yalia Falldane ha venido a que le dijeras dónde se esconde Barrán, ¿no es cierto?

Horoz apretó los labios.

—No quieres contestarme, ¿eh? —dijo el policía. Un agudo estilete de acero apareció de pronto en su mano derecha—. De todas formas, poco importa —añadió—. Yo sé cómo seguir a esa traidora a los de su raza.

Horoz dio un paso atrás. Fue inútil.

El estilete penetró en su pecho. Los ojos de Horoz giraron en sus cuencas. Sus piernas se doblaron y cayó de bruces al suelo.

Clarke lo miró despectivamente, mientras limpiaba el estilete en las propias ropas del muerto. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó algo que dejó caer en el suelo, a dos pasos del cadáver de Horoz.

Silenciosamente, sin ser visto ni oído, apagó la luz y salió de la habitación. Un momento después, se había perdido en las calles de Londkland.

* * *

Las huellas de los golpes recibidos se notaban aún en la cara de Bix. Como recuerdo de aquella noche, Bix llevaría siempre un par de cicatrices en la mejilla izquierda.

—He matado a Rol Horoz, el tabernero —dijo Clarke sin más preámbulos.

Bix saltó en su asiento.

—Pero… ¿por qué diablos…?

—Yalia Falldane estuvo a verle esta misma noche. Fue a preguntarle dónde se esconde Pedro Barrán.

—¿Y se lo dijo?

—Supongo que sí. En todo caso, poco importa. Ya les echaremos el guante cuando convenga.

Bix miró fijamente a su futuro yerno.

—¿Has dicho «les», Harold?

—Exactamente, señor. Yalia ha asesinado al tabernero. La policía, cuando acuda, encontrará un pañuelo bordado con las iniciales de la hija del difunto Gran Planetlord.

—Pero ¡por todos los diablos! ¿Quieres explicarme de una vez qué es lo que te traes entre manos?

—¿Es que no lo comprende? Yalia será declarada culpable y sus bienes confiscados. De usted depende ahora comprar la residencia

del difunto Falldane. Y, ¿qué es lo que hay en el sótano?

Bix volvió a saltar en su asiento.

—Tienes razón —dijo—. Muchacho, es una idea genial; confieso que a mí no se me habría ocurrido.

Bix lanzó una estruendosa carcajada.

—¡Qué imaginación tan portentosa tienes! —exclamó—. Barrán es el asesino de Falldane... y Yalia es la asesina de Horoz. Harold, ni aunque quisiéramos nos saldrían las cosas mejor de lo que nos están saliendo.

—Precisamente salen así porque queremos —aseveró Clarke.

—Es verdad —admitió Bix—. Ahora, sin embargo, queda en pie un problema.

—¿Cuál, señor?

—La residencia del difunto Gran Planetlord.

—Usted se encargará de ello. Eso es cosa más suya que mía. No creo que el juez Farrington oponga gran resistencia a sus indicaciones. Recuerde la sentencia contra Barrán.

—Es cierto —convino Bix—. Sí, Farrington accederá a cuanto yo le pida. Le gusta figurar y creerse que es algo... y está ansioso por ocupar un puesto en el gobierno.

—Cuando usted sea elegido Gran Planetlord, puede nombrarle secretario de Sanidad. Es un cargo muy honorífico, pero de escasa influencia a la hora de tomar decisiones importantes.

Bix guiñó un ojo a su futuro yerno.

—Harold —dijo alegremente—, creo que ante nosotros se abre un porvenir esplendoroso. Pero no olvides que tienes todavía varias cuentas por ajustar.

—Sí, tres accidentes... que no tardarán en producirse.

—Tienen que haberse producido ya antes de veinte días, que es lo que falta para la llegada del comandante Lewis.

—Cuando el comandante Lewis llegue, Dutts, Lashley y Hanall no estarán presentes para recibirlo —aseguró Clarke con pasmoso cinismo.

* * *

Pedro Barrán tiró del anzuelo y sacó del arroyo un magnífico pez de casi sesenta centímetros de largo. Sonrió contento; ya tenía

asegurado un plato fresco para la comida del día.

El lugar en que se hallaba era agreste, de una incomparable belleza selvática. Barrán había visto muchas fotografías de parajes análogos de la Tierra y a veces ello le hacía preguntarse qué interés podía existir en regresar a un planeta tan lejano y en el que podían encontrarse con dificultades que en Zengland no existían.

—Eso serán otros —dijo, mientras regresaba a la cueva—. En cuanto a mí, dificultades tengo a montones...

De repente, se paró en seco.

Cruzaba un espacio despejado, cubierto de césped. Una sombra ocultó el sol justamente por encima de su cabeza.

Se volvió, sobresaltado. En el acto echó a correr hacia la cueva. Allí tenía armas para defenderse.

Se preguntó cómo habían podido encontrar su escondite. Una cosa era segura: los policías no se molestarían en llevarle vivo a Londkland.

Entró en la cueva. Allí tenía un rifle antiguo, pero en perfecto estado de funcionamiento. Aquellas viejas armas, que disparaban proyectiles impulsados por la ignición de una pequeña cantidad de explosivo, eran todavía muy efectivas.

Se asomó con cautela a la boca de su refugio. Una voz femenina gritó:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Asómate! ¡No temas, vengo sola!

Barrán creyó que soñaba.

—¡Yalia! —exclamó.

Pero no por ello quiso descuidar sus precauciones. Sin soltar el rifle, avanzó al encuentro de la joven.

Yalia vestía más o menos como cuando la conoció un par de años antes: blusa de mangas flotantes y pantalones muy cortos, con botas de media caña. Una cinta azul recogía su cabello en la nuca.

Los dos jóvenes se detuvieron al encontrarse a tres pasos de distancia. Yalia contempló el rifle un instante y luego dijo:

—Hubo un tiempo en que no me temías, Pedro.

—La cosa ha cambiado. Ahora soy un fugitivo, un asesino. El hombre que mató a tu padre.

—¿Admites haber cometido el crimen?

—No, pero ¿de qué me serviría negarlo? Tú también crees que yo lo maté, ¿verdad?

—Mi respuesta sería como la tuya, Pedro. ¿De qué me serviría asegurarte que creo en tu inocencia?

Barrán se encogió de hombros.

—No has venido aquí para cambiar frases amables —dijo—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Una sola cosa: ayudarte a probar tu inocencia.

—¡Absurdo! Tengo la cabeza puesta a precio. Cualquier policía disparará sobre mí apenas me vea, incluso teniéndote a mi lado. Si has venido para llevarme a Londkland, estás perdiendo el tiempo.

—Pedro, ¿cómo haría yo para convencerte de mi sinceridad?

—No tienes que molestarte en absoluto. Vuelve a tu aeromóvil y déjame en paz de una vez.

Yalia suspiró.

—En ese caso, tendrás que echarme a tiros —contestó—. He venido aquí para ayudarte, me creas o no, y no pienso irme más que por la fuerza.

—Pero, maldita sea... Lo que yo hice con tu padre...

—Estuvo muy mal hecho, aunque, imparcialmente, he de reconocer que tal vez se lo merecía.

—¡Se merecía eso y mucho más! ¡Pero yo no le maté; sólo quería que sintiera la vergüenza de haber sido humillado por un Standard! Habría perdido prestigio, autoridad... Su orgullo habría sido abatido; eso es lo que yo quise hacerle.

—Y lo conseguiste.

—Lo sabes tan bien como yo, ¿no? En cierto modo, soy el culpable de su muerte, por haberlo dejado allí colgado, indefenso ante su asesino. No sé cómo te atreves siquiera a mirarme a la cara.

—Como no te esfuerzas en comprender mis sentimientos, mi actitud te resulta incongruente, Pedro. Pero quiero ayudarte.

—¡Bah! Tonterías. Una Planetlady ayudando a un Standard... Eso no hay quien se lo crea. Anda, vete y déjame en paz de una vez.

Yalia se encolerizó.

—¡Maldito orgulloso! ¿Es que no sabes comprenderte siquiera a ti mismo? Tú no me rechazas porque sea hija de Falldane, ni siquiera porque te consideres parcialmente culpable de su muerte. No, tu actitud se debe a algo de que constantemente nos acusas a los Planetlords; simplemente, estás orgulloso de tu pelo y de tus ojos negros y de tu piel tostada... ¡A tu modo, Pedro, eres tan racista

como el más furibundo racista de todos los Planetlords! ¡Por eso me rechazas y no por otra razón! ¿Lo entiendes ahora?

CAPÍTULO VII

Barrán se quedó atónito al escuchar la furibunda diatriba de la muchacha. En su fuero interno, empezó a pensar que ella tenía razón.

—Cuando un grupo de gente se ve segregado sistemática y largamente —siguió Yalia—; cuando esas personas se ven despreciadas, escarnecidas, humilladas de una manera continua y absoluta, acaban por crear en sí mismos un cierto complejo de inferioridad, que lentamente va cambiando a otro de superioridad, basado en la esperanza de que algún día podrán desquitarse, de que algún día avasallarán a quienes ahora les esclavizan, en que ese día les demostrarán que su raza es superior y entonces se tomarán cumplida venganza de las humillaciones sufridas durante generaciones. Eso es lo que te pasa ahora conmigo y no otra cosa, Pedro —concluyó Yalia su vehemente alegato.

Barrán se sentía confundido.

—Yo... la verdad… no se me había ocurrido pensar de esa manera...

—Pues no eres un tipo torpe, que yo sepa —dijo Yalia en tono desenvuelto—. Eras ya un Standard A...

—De cuyo grado no hubiera pasado jamás.

—¿Quién sabe, Pedro? Nosotros, la actual generación de los Planetlords no somos, todos al menos, claro, como nuestros padres. Empezamos a pensar de una manera distinta y, si las cosas no se hubieran estropeado, es posible que hubieras ascendido a la escala superior... dando así ejemplo a otros Standards.

—Eso son especulaciones que no conducen a ninguna parte,

¿Cómo hubiera llegado yo a ser un Planetlord?

—Casándote conmigo.

Barrán la miró estupefacto.

—¿Bromeas, Yalia? —preguntó.

—¿Podría bromear en un asunto tan serio?

—No sé… no sé… —dudó él—. Dejemos eso por ahora; todavía me siento demasiado confuso por tu presencia aquí. Por cierto, ¿quién te indicó mi escondite?

—Rol Horoz —contestó Yalia, a la vez que avanzaba hacia la cueva.

Barrán la siguió en el acto.

—De modo que fue Horoz —dijo.

—Sí, Anoche hablé con él y… ¡Hola, qué bien instalado estás! —exclamó Yalia, admirada.

La joven paseó la mirada por el confortable interior de la oquedad, en la que se podía gozar de bastantes comodidades, sin que faltase un aparato de televisión. Incluso había un hornillo eléctrico.

—He visto que has pescado un buen pez —continuó Yalia—. Dámelo y lo prepararé para la comida.

—Te vas a manchar…

—Voy a ser la esposa de un Standard.

—La esposa de un fugitivo de la justicia.

—Probaremos que tú no mataste a mi padre.

—¿Cómo? ¿Qué testigos hay?

—No lo sé, pero mi apellido ha de servir de algo, ¿no crees? —Yalia empezó a trastear con los cacharros de cocina—. Pedro, ¿eres capaz de imaginarte quién lo mató?

—¿Hay alguien que ambicione el puesto de tu padre?

Yalia se volvió sorprendida hacia el joven.

—¿Crees que ése fue el motivo? —preguntó.

Barrán se encogió de hombros.

—A menos que lo hiciese un Standard por venganza —contestó—. Pero no creo a ninguno de ellos capaz de comprometerme.

—Tienes razón —dijo Yalia, mordiéndose los labios—. Sólo pudo ser alguien interesado en ocupar el puesto de Gran Planetlord.

—Lo cual le reportaría una absoluta influencia política en Zengland.

—Sí. Pero ¿quién puede ser?

Barrán medió un momento.

—Ya está —dijo al cabo—. Sólo hay una persona, Yalia.

—Su nombre —exigió ella.

—Dan Bix.

Hubo un momento de silencio. Luego, Yalia, sin dejar de moverse por la cocina, preguntó:

—¿Por qué crees que fue Bix?

—Con toda seguridad, él no lo hizo personalmente, pero delegó en alguien.

—El capitán Clarke.

—Ya le han ascendido, ¿eh? —rezongó Barrán.

—Sí. ¿Crees que pudo ser Clarke?

—No me extrañaría en absoluto, Yalia. Bix y su futuro yerno son dos sujetos terriblemente ambiciosos. Recuerda, si no, la trampa que me tendieron para apoderarse de mis tierras.

—Una trampa absurda, Pedro, teniendo en cuenta que pronto llegará el fin del destierro,

—¿De veras? Ellos sí volverán a la Tierra, pero los Standards nos quedaremos aquí, Yalia.

La grasa empezó a hervir en la sartén. Yalia arrojó el pescado partido en dos mitades, a la grasa hirviente.

—Todavía quedan dos años. Se puede obtener mucho producto de tus tierras, Pedro —dijo ella.

—Bueno, pero si vuelven a la Tierra, allí las cosas serán muy diferentes. Tendrán que empezar de nuevo en un planeta deshabitado. ¿De qué le servirá a Bix el cargo de Gran Planetlord?

—Las leyes de Zengland volarán a la Tierra con los nuevos colonos. Se fundará una nueva ciudad y Bix será allí el jefe nuevamente,

—No es una razón de peso, aunque la admitiremos por el momento, a falta de otra más convincente. Dale la vuelta al pescado o se te quemará, Yalia.

Ella se echó a reír.

—Parece que tu actitud hacia mí se ha modificado —exclamó alegremente.

Barrán levantó los brazos al cielo.

—¿Tenía otra solución? —contestó.

Después de comer, Barrán volvió a la carga sobre un tema que ya habían mencionado anteriormente.

—Yalia, aquí, los Planetlords tienen de todo lo que quieren: riqueza, comodidades, lujos... incluso dominio sobre los desgraciados que no pertenecen a su casta. Si vuelven a la Tierra, que está deshabitada, tendrán que empezar de nuevo, partiendo de cero. ¿Por qué tanto empeño en buscarse unas penalidades que podrían evitarse perfectamente?

Ella se quedó también muy pensativa.

—Es verdad, no había reflexionado sobre ello —contestó—. Pero la Tierra es el planeta del cual procedemos todos…

—Ésa no es una explicación convincente. Mis padres y mis abuelos nacieron ya aquí. No digo que no me gustaría conocer la Tierra, pero no veo qué pueda haber allí que no tengamos aquí, sobre todo, después de aquella atroz guerra que exterminó a todo ser viviente.

—Al ser humano le gusta siempre volver al lugar del que procede —insistió ella.

Barrán golpeó con el pie el suelo de la cueva.

—Yo procedo de aquí —dijo tercamente—. Sí, vosotros los Planetlords habéis estado acumulando muchas riquezas durante años, pero ¿de qué os van a servir en un mundo que encontraréis en estado completamente primitivo? ¿Servirá el oro para roturar la tierra o levantar edificios? Lo más lógico sería que construyeseis nuevas herramientas o acumulaseis maquinaria, pero no, os habéis dedicado, pura y simplemente, a acumular riquezas. ¿Es eso lógico en quienes van a ir a un mundo en estado absolutamente salvaje?

—Me estás haciendo pensar mucho y no puedo dar respuesta a tus interrogantes —se quejó ella,

—Eres una Planetlady, hija del Gran Planetlord. ¿No estás enterada de los planes de tu padre?

—Pedro, ¿acaso no sabes que los descendientes de los Planetlords no son admitidos a las deliberaciones de sus mayores hasta que cumplen los treinta años? —alegó Yalia apasionadamente —. ¿Tengo yo esa edad?

—No por fortuna —río él—. Pero, sí, ahora que me doy cuenta, recuerdo esa ley que estimo absurda, aun entre los de vuestra clase.

Yalia se encogió de hombros.

—Siempre ha sido así y no creo que el asistir o no a las deliberaciones de los Planetlords hubiera podido beneficiarme en algo —manifestó.

—Quizá te hubieras enterado de cosas que ahora ignoras —supuso él.

—En todo caso, todavía me aguardan seis años antes de alcanzar esa plenitud de derechos.

—No hay tiempo para esperar tanto. Tendríamos que saberlo antes, mucho antes de que zarpe la nave para la Tierra.

—No veo cómo, Pedro.

—Tu padre tal vez guardaba algunos documentos importantes. ¿Se te ha ocurrido registrar su gabinete de trabajo?

—No, el juez me declaró heredera legal de todos sus bienes, pero no vi motivo para repasar sus documentos. Tal vez, con el tiempo, lo hubiera hecho; sin embargo, ahora...

—Ahora podríamos hacerlo, Yalia —sugirió Barrán.

—¿Ahora? —repitió ella, asombrada.

—Esta misma noche, si tú quieres.

Hubo una pausa de silencio. Al fin, Yalia hizo un signo de aquiescencia.

—De acuerdo. Iremos esta noche. Pero... ¿no nos descubrirán? —dijo aprensivamente.

—Yo entré en tu casa y no se enteró nadie... Oh, perdona —se disculpó él—, No quisiera traer a tu mente amargos recuerdos...

Yalia le tendió una mano.

—Tenía que suceder así —dijo.

De nuevo callaron. Bruscamente, una lámpara empezó a titilar en el televisor.

—Es el anuncio de una emisión de importancia —dijo Barrán, a la vez que alargaba la mano hacia el aparato y lo ponía en funcionamiento.

—¿Cómo se te ocurrió traer aquí un televisor? —preguntó ella, intrigada.

—Esta cueva ha servido más de una vez como escondite para un prófugo de vuestra justicia. Hay más de uno y poco a poco se han ido alejando hacia otros rincones del planeta, a los cuales no llegan o no quieren llegar los esbirros de Dan Bix. Espero que no se les ocurra buscarnos a nosotros...

Una voz le interrumpió. Era la del locutor de la emisora de televisión:

—Queridos amigos, con el ánimo embargado por la más profunda tristeza, llenos de pesar por el inconcebible hecho acaecido en la noche de ayer, tenemos que anunciaros la incalificable traición de la que hasta ayer fue una de las más distinguidas Planetladies de nuestro mundo.

»Queremos referirnos a Yalia Falldane, hija del que hasta hace muy poco fue nuestro Gran Planetlord, villanamente asesinado en circunstancias de todos conocidas. Yalia Falldane no sólo ha huido para unirse al asesino de su padre, olvidando sus deberes de raza y de sangre, sino que, además, ha cometido otro crimen.

»En efecto, Rol Horoz, dueño de una importante taberna de Londkland, apareció anoche muerto de una puñalada. Junto al cadáver se encontró un pañuelo bordado con las iniciales de la ya ex Planetlady Yalia Falldane, lo que prueba sin dudas es la autora del execrable crimen. Sí, Horoz podía ser un Standard, pero ello no obsta para que detestemos profundamente su asesinato y a la persona que lo cometió.

»Afortunadamente, el capitán Clarke ha declarado tener una pista segura para hallar a los dos asesinos y...

Barrán se puso en pie de un salto al oír aquellas palabras. Yalia parecía petrificada por el asombro.

—¡Pedro! —gritó—. ¡Te juro que yo no maté a Rol!

—Lo discutiremos más tarde —contestó el joven—. Ahora tenemos que largarnos de aquí antes de que la cosa no tenga ya remedio. ¡Vamos!

Yalia reaccionó. Barrán había recogido ya su rifle y se lanzaba hacia la salida de la cueva.

Juntos corrieron hacia el aparato de la joven, estacionado en la explanada que había al otro lado de las hayas. De repente, Yalia lanzó un agudo grito:

—¡Pedro! ¡Mira!

El joven levantó la cabeza. Un rictus de desesperación apareció en sus labios al ver el aeromóvil policial que planeaba para tomar tierra en aquel mismo lugar.

CAPÍTULO VIII

Los tripulantes del aparato les vieron también a ellos. Una voz bramó a través de un poderoso altoparlante:

—¡Alto! ¡Deténganse con los brazos en alto si no quieren morir abrasados!

Yalia se aterró,

—Nos ahorcarán...

—No, si yo puedo evitarlo —dijo él ceñudamente—. Levanta los brazos —ordenó.

Ella hizo lo que le mandaban. Barrán fijó la vista en el aparato, casi inmóvil a unos treinta metros de altura y algo oblicuo con respecto a la posición que ocupaban.

Debajo de la proa divisó el negro orificio del cañón térmico, un arma poderosísima, que enviaba descargas calóricas de hasta cinco mil grados centígrados y que abrasaban cuanto tocaban en un diámetro de veinte metros y hasta casi dos de profundidad. Barrán pensó que sólo podría hacer un disparo.

O morirían abrasados, pero si no lo intentaba, el juicio subsiguiente y la pena de ejecución en la horca, resultarían irremisibles.

El aeromóvil policial inició el descenso lentamente. De súbito, Barrán apoyó la culata del arma en el hombro, apuntó y disparó.

Tenía buena puntería; no en vano se había visto obligado a defender sus campos de los animales salvajes que a veces los invadían. Algunos de aquellos animales debían ser derribados al primer tiro o el tirador moría desgarrado por sus zarpas.

La bala entró por el orificio del cañón térmico y alcanzó los

mecanismos de ignición. Un vivo resplandor brotó en el acto del vientre del aeromóvil.

—¡Corre a tu aparato, Yalia! —gritó él.

La muchacha no se hizo de rogar. El aeromóvil policial descendía ahora con más rapidez. En su interior, los tripulantes se afanaban por sofocar el fuego con los extintores automáticos.

Barrán corrió hacia el aeromóvil de Yalia. El aparato de la policía tocó tierra y sus cuatro tripulantes se desbandaron, temiendo la explosión de la unidad de energía térmica que accionaba el cañón.

Uno de los agentes, sin embargo, se dirigió hacia el joven. Barrán le hizo silbar un par de balas junto a las orejas y el hombre, aterrado, se tiró al suelo.

—¡Lista, Pedro! —anunció Yalia.

Barrán retrocedió, sin dejar de hacer fuego, a fin de dispersar más a los policías. No quería herir a ninguno de ellos, a menos que no tuviese otro remedio. Pensaba en que sólo el jefe de la patrulla, un sargento, pertenecía a la odiada clase de los Planetlords; los demás eran Standards como él.

En dos zancadas estuvo junto al aeromóvil. Saltó a su interior y Yalia pulsó la palanca de arranque. El aparato se elevó rapidísimamente, apenas unos segundos antes de que la unidad de energía del aeromóvil policial se desintegrase en una fulgurante llamarada, seguida de un terrible estampido.

Yalia gobernó el aparato con mano firme. Hubieron de pasar varios minutos antes de que ninguno de los dos jóvenes se sintiera con ánimos de conversar.

—Me han acusado de asesina... —se lamentó ella—. Yo sólo fui a ver a Horoz para que me dijera dónde te escondías... Pedro, te juro que cuando dejé a Rol estaba con vida...

—Te creo —contestó él—. Pero el pañuelo con tus iniciales...

—Seguramente, el asesino lo robó para comprometerme.

—Lo cual significa que sabía que estabas con Rol.

Yalia se quedó atónita al oír aquellas palabras.

—Es posible —admitió—, Pero ¿quién puede ser, Pedro?

—Sólo una persona, Yalia. La misma que asesinó a tu padre, después de que yo lo dejé colgado por las muñecas en aquel porche.

—¿No se te ocurre ningún nombre? —preguntó ella

ansiosamente.

—No, pero si pudiera echar mano a Harold Clarke, te aseguro que obtendríamos una respuesta quizá menos sorprendente de lo que sospechamos.

Yalia guardó silencio durante unos momentos.

—Es una conspiración que han urdido contra mí —dijo—. ¿Por qué, Pedro?

—Yo te daría una respuesta, aunque no sé si será exacta. Tu padre poseía grandes riquezas. Tú eras su única heredera. Acusada de asesinato, tus bienes serán confiscados y sacados a pública subasta. Alguien los adquirirá, indudablemente. Cuando eso suceda, conoceremos la identidad del autor de ese plan.

—Sospecho que Bix tiene mucho que ver con todo esto, Pedro —dijo la muchacha.

—No andas muy descaminada, Yalia —confirmó él—. Yo también pienso igual que tú, aunque... ¿lo ha hecho tan sólo por las riquezas, siendo, como es, un hombre inmensamente rico?

Yalia calló. Los interrogantes se acumulaban, pero no encontraban respuesta para la inmensa mayoría de las dudas que les asaltaban.

* * *

A favor de las sombras de la noche, Barrán y Yalia se deslizaron por la trasera del edificio, hasta alcanzar la puerta posterior. Barrán llamó varias veces, hasta que alguien entreabrió una rendija y les miró cautelosamente.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí? —preguntó la mujer.

—Ada, ¿no me conoces? Soy Pedro Barrán.

—¡Pedro! —se espantó la señora Horoz.

—Déjanos entrar. Yalia Falldane viene conmigo.

La puerta se abrió un poco más y la pareja entró en el corredor. Ada Horoz cerró de nuevo y entonces encendió la luz.

—Usted está acusada de haber asesinado a mi marido, señorita Falldane —dijo.

—Yo no fui —negó Yalia enérgicamente.

—Lo sé. Clarke lo hizo.

Barrán pegó un respingo.

—¿Cómo lo sabes, Ada? —preguntó.

—Vengan los dos conmigo —dijo la mujer—. Ahora les contaré todo lo que se.

Ada les condujo a una habitación situada frente al despacho de su esposo. Había huellas de llanto todavía en sus ojos,

—Rol no murió instantáneamente, como creyó el capitán Clarke —dijo, una vez en seguridad—. Todavía tuvo tiempo de escribir algo con su propia sangre en el sucio.

—Es decir, Clarke lo dio por muerto —habló Barrán.

—Sí. Usted, señorita Falldane, recordará sin duda que vino a verme y dijo que quería hablar con Rol. Yo le di su recado y Rol se reunió con usted. Luego, extrañada de su tardanza, fui a buscarle y me lo encontré…

Ada hipó un par de veces antes de poder continuar.

—Estaba en el suelo, de bruces, con la mano derecha extendida. Pudo escribir cuatro letras: Clar…

—¡Él! ¡Fue él, sin duda alguna! —exclamó Yalia con gran vehemencia.

—Seguramente te espiaba y entró aquí para enterarse de lo que habíais hablado tú y él —opinó Barrán—, Le obligó a declarar mi escondite y luego lo asesinó.

Barrán se encaró con Ada,

—¿Dices que Rol murió de una puñalada?

—Sí, en el corazón, asestada de arriba a abajo.

—Lo mismo que mi padre —exclamó Yalia.

—No se hable más. Clarke es el asesino.

—Lo es —aseguró Ada —. Esta mañana ha venido a verme y me ha dado orden de que olvide todo lo que sucedió anoche.

—Luego sospecha algo.

—Indudablemente, porque fue el primero en acudir, cuando llamé a la policía, y le vi pasar el pie por el suelo repetidas veces.

—Borrando huellas, sin duda alguna —adivinó Barrán—. ¿Cómo no le acusaste entonces, Ada?

La mujer rió agriamente,

—¿Estás loco, Pedro? —contestó—. ¿Cómo podría una Standard acusar a un Planetlord? Ni aunque le hubiera visto cometer el crimen me habrían creído.

Barrán asintió. La palabra de un Planetlord, en una disputa con un Standard, era algo que no se ponía en duda jamás.

—Está bien, Ada, sólo queríamos confirmar nuestras sospechas. Descuida; vengaremos la muerte del pobre Rol.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Ada—. La policía os persigue por todas partes...

Barrán sonrió desdeñosamente.

—Sé cómo esconderme sin que me encuentren jamás —respondió—. Escucha, dentro de dos noches vendremos a buscar provisiones. Nos tendrás preparado algo de comer.

—Y un televisor portátil pequeño —añadió Yalia—. Nos conviene estar al tanto de las noticias.

—Lo tendréis todo preparado —aseguró Ada—. ¿Cuáles son vuestros propósitos?

—Luchar para que se haga justicia en dos asesinatos. Luchar para que desaparezca la desigualdad de castas —respondió Barrán con firme acento.

—Cuando volvamos a la Tierra, seremos libres —dijo Ada con ojos iluminados.

—Quizás entonces, cuando podamos, no nos interese abandonar Zengland —contestó el joven—. Vámonos, Yalia.

La muchacha se acercó a la señora Horoz y le tendió las manos con expresión de simpatía.

—Quiero que sepa cuánto lamento la muerte de su esposo —dijo—. Le aseguro que su asesino será castigado.

Ada se echó a llorar. Yalia vaciló un poco, pero acabó por seguir a Barrán, que tiraba de ella con impaciencia. Las palabras de consuelo de poco iban a servir a la atribulada mujer.

* * *

El único documento que Pedro encontró interesante entre los papeles del difunto Gran Planetlord fue un sobre de gran tamaño con un extraño rótulo en su anverso:

Plan y guión de las emisiones de noticias sobre el planeta Tierra, para el mes de enero del año 2577, tiempo y época zenglandiesas.

—¿Qué diablos significará esto? —murmuró, perplejo,

Yalia se acercó y leyó el rótulo por encima del hombro del joven,

—Mi padre leía y aprobaba el guión de la mayoría de las noticias que se daban por televisión —dijo.

—¿Tan interesantes eran, que debían pasar por una censura?

Yalia hizo un gesto ambiguo,

—No tengo la menor idea. Nunca me ocupé de una cosa semejante y, por otra parte, recuerda, no he cumplido aún los treinta años —dijo.

—Sobre esto podría decirnos algo muy interesante el director de la emisora de televisión —sugirió Barrán, muy pensativo.

—¿John Mortimer? Yo le conozco bastante —dijo Yalia.

—Pero no querrá contestar a tus preguntas. Incluso aunque no fueses una ex Planetlady.

—Podríamos obligarle...

—Ya veremos. De momento, no podemos hacer nada. Tenemos que irnos, Yalia; ya llevamos aquí demasiado tiempo.

Barrán paseó la mirada por el lujoso ambiente que le rodeaba. Con cáustico acento, añadió:

—No me extraña en absoluto que Bix quiera comprar tu casa.

—La suya no es menos lujosa, Pedro —alegó Yalia.

—Sí, pero hay gente insaciable. Anda, vámonos ya.

Apagaron la luz. Momentos después, desaparecían sin ser vistos.

Barrán se llevó consigo aquel sobre. Presentía que en el contenido que no había podido conocer se encerraba buena parte de los misterios que tanto les intrigaban.

CAPÍTULO IX

Harold Clarke entró en el despacho. Su cara aparecía cubierta de sombras.

—Los rebeldes siguen sin aparecer —informó.

Bix se mostró muy preocupado.

—La subasta es pasado mañana —dijo—. ¿Qué hay del accidente triple?

—¿Por qué no les invita usted a una partida en su casa de campo? —sugirió Clarke—. Yo mismo podría conducirles en mi aeromóvil.

—¿Qué ocurriría entonces, Harold?

—Los aeromóviles son seguros siempre, pero...

Clarke dejó flotar la incógnita en el aire.

—Tú tendrías que salvarte y las sospechas recaerían sobre ti —dijo Bix.

—Hay una solución —afirmó el policía.

—¿Cuál, Harold?

—Una avería. Yo descenderé con el aparato y fingiré examinarlo. Entonces se producirá inopinadamente la explosión de la unidad térmica,

—¿Estarán ellos dentro de la cabina?

—Por supuesto. Me chamuscaré un poco el pelo y las ropas y... Ello, además, ocurrirá a poca distancia de su casa de campo, de modo que usted podrá acudir en seguida, atraído por la explosión.

—Si lo haces bien, adelante, Harold. Pero no falles o tú serás el que más pierdas.

—Descuide, mi querido futuro suegro —río Clarke—, no habrá

ningún fallo. Y hablando de la subasta...

—Las propiedades de Falldane serán para mí. Es la parte más importante del plan,

—Estupendo. Entonces, sólo falta que venga el comandante Lewis y...

—Sí, lo que estás pensando, Harold. Tú y Nina lo pasaréis muy bien en el futuro.

—Y usted también, no se queje. Tiene menos de cincuenta años y está fuerte como un roble, con la posibilidad de vivir setenta u ochenta años más. Y si no, que se lo digan a la señora Bix...

—No me hables de mi mujer —refunfuñó el jefe de Orden Público—. Estoy más que harto de ella. Empieza a volverse gruñona y se queja de todo y de todos en cualquier momento. Harold, tengo la sensación de que la señora Bix no va a tomar parte en nuestro plan.

Clarke guiñó un ojo a su futuro suegro.

—Vamos, que usted tiene en proyecto una mujer más joven, ¿eh?

—Y guapa, todo hay que decirlo —Bix rió cínicamente.

El teléfono sonó en aquel momento.

Clarke levantó el aparato y escuchó un momento. Luego se lo entregó a su futuro suegro.

—Es Candless, director de la Oficina de Detección —dijo.

—¿Candless? —se asombró Bix—. ¿Qué diablos puede querer a estas horas?

Bix tomó el aparato y carraspeó.

—Hola, mi querido Candless —saludó untuosamente—. ¿Qué noticias me da usted?

Clarke miraba a Bix con atención. De pronto, vio que el rostro de su futuro suegro se ponía espantosamente lívido.

—¡Candless! —gritó Bix—. ¿Quién ha realizado ese servicio de detección?

—Yo, en persona. En estos momentos me encontraba solo en el cuarto de aparatos...

—¿Conoce exactamente el punto de llegada?

—Puede señalarlo con un error máximo de tres kilómetros,

—Démelo, Candless,

Bix escribió algo nerviosamente sobre un papel. Al terminar,

dijo:

—Candless, borre todas las grabaciones. No quiero que quede el menor registro de esa detección, ¿entendido? Y en cuanto a usted, le doy orden tajante de guardar el más absoluto secreto. ¿Está claro?

—Por supuesto, Dan; le aseguro que nadie sabrá nada por mí.

—De acuerdo. Gracias, Candless.

Bix cortó la comunicación. Clarke le miraba con ansiedad.

—¿Qué sucede? ¿Han detectado ya la nave del comandante Lewis?

—¡Tonto! —gruñó Bix—. ¿Es que no te acuerdas ya de que todavía falta una semana para que llegue?

—Entonces… es… otra… nave…

—Sí, Harold. Toma, ahí tienes los datos de aterrizaje. Sal a recibirlos…, pero no lleves a un solo Standard contigo. Sólo Planetlords, ¿estamos?

Clarke sonrió aviesamente.

—Usted lo que quiere es que les haga un «caluroso» recibimiento —dijo.

—Sí, exactamente, eso es lo que quiero, Harold. Y tú también lo quieres, porque si no lo haces así, empieza a imaginarte lo que vas a perder.

Clarke se estremeció.

—Diablos, no —dijo—. No quiero perder nada de lo que me espera.

Y salió, dispuesto a cumplir la orden no expresada de Dan Bix, pero que él mismo deseaba ejecutar para el logro de sus fines,

* * *

—¿Hasta cuándo tengo que estar así? —gritó Yalia, desde el otro lado de un espeso macizo de arbustos,

—¡No tengas prisa! Cuando notes algo de calor, úntate de grasa el cuerpo —contestó Barrán.

—Está bien, pero cuando termine el tratamiento, vas a poder comerme asadita.

Barrán se echó a reír.

—Los hombres no se comen asadas a las mujeres —dijo

alegremente—. Se las comen de otra manera.

—¡Desvergonzado! —le apostrofó ella—. No debieras hablarme así; me haces ponerme colorada.

—Tú lo has provocado —contestó él—. Luego no te quejes.

—Pedro —dijo Yalia—, me asalta una duda.

—Dime, cariño.

—Ahora me estoy tostando para ennegrecer mi piel. Luego me teñiré el pelo. ¿Qué me dices de las pupilas?

—Yalia, un Planetlord no se casaría jamás con una Standard, pero por ahí corre más de un bastardo con ojos azules. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí, Pedro. Pasaré por la descendiente de una unión ilegal.

—Justamente.

—¿Y tú? Tu piel se te blanqueará, pero quedan el pelo y los ojos.

—¿Qué me dices de la barba? Ya lleva ocho días creciendo y, además, me la aclararé un poco. No apareceré totalmente rubio, sino castaño y esto cambia por completo a las personas.

—Entonces, ¿no nos reconocerán cuando aparezcamos en la subasta?

—Así lo espero, querida.

Transcurrió un cuarto de hora todavía. De pronto, Barrán dijo:

—Yalia, puedes ir a bañarte. Cuando vuelvas estará lista la comida.

—De acuerdo, Pedro.

Yalia suspendió el baño de sol que había de tostar su piel. Cubierta con una toalla, corrió hacia el arroyo próximo, en cuyas frescas aguas se zambulló inmediatamente.

Unos minutos más tarde, se vistió. Regresó junto al campamento y sonrió al ver a Barrán con la cara enmascarada y los brazos tapados hasta las muñecas.

—Vas a perder tu color moreno —dijo.

—Ese contraste nos hará pasar mejor desapercibidos —sonrió él—. ¿Quieres acomodarte? Estas truchas zenglandesas están exquisitas.

—Con el apetito que tengo...

Comieron de excelente humor, momentáneamente alejados de sus preocupaciones. Al terminar, Barrán dijo:

—En otros tiempos, yo solía tomarme una taza de café. Lástima

que ahora no pueda permitirme ese pequeño placer.

Yalia no contestó. Extrañado, Barrán volvió la cabeza y vio que la muchacha tenía la vista fija en un punto situado en el cielo.

Inmediatamente requirió su rifle. La actitud de Yalia le hizo pensar en una nave de patrulla de la policía de Londkland.

—Aprisa, Yalia —exclamó—. Tenemos que escondernos...

Ella movió la cabeza.

—Dan, ¿tú crees que podemos escondernos de «eso» que baja de las alturas? —contestó.

* * *

La astronave iba a aterrizar en el claro del bosque en cuyo lindero se hallaban los dos jóvenes, agazapados bajo los árboles.

Barrán y Yalia se hallaban estupefactos. Ambos conocían la nave que un día debía iniciar los viajes de regreso a la Tierra, pero aquélla era de un aspecto enteramente distinto.

Las uñas de Yalia se crisparon sobre el brazo de Barrán.

—Pedro... ésa no es la astronave del comandante Lewis —dijo.

—Indiscutiblemente. Además, Lewis no tendría por qué aterrizar aquí, pudiéndolo hacer en las afueras de Londkland.

—Entonces ¿por qué aterriza en este lugar? ¿Quiénes son sus ocupantes?

—Espera un momento —aconsejó él—. Los tripulantes saldrán afuera y entonces veremos si conviene que nos demos a conocer o no. Pueden ser hostiles, ¿comprendes?

Yalia captó la sensatez de aquellas palabras y movió la cabeza afirmativamente. La nave se hallaba ya a menos de treinta metros del suelo.

Varios cables colgaban de su vientre. Barrán supuso que debían sostener instrumentos de medida y exploración. Para los recién llegados, sin duda, Zengland era un mundo totalmente desconocido y no querían correr riesgos en el desembarco.

Minutos más tarde, la nave tocó tierra. Una escotilla se abrió en uno de sus flancos y dos hombres aparecieron en el umbral.

—¿Vamos? —sugirió Yalia, impaciente.

—Aguarda un poco todavía. No nos hará ningún daño dejar pasar unos cuantos minutos más.

La precaución de Barrán se reveló acertadísima. Apenas había terminado de hablar, apareció en el horizonte otra nave.

—Pedro, un aeromóvil de patrulla —dijo Yalia.

—Seguramente, han sido detectados y vienen a recibirlos —opinó él.

—Lástima, no podremos hablar con ellos —se lamentó la muchacha.

Barrán apretó fuertemente las mandíbulas. La inesperada llegada del aeromóvil policial representaba un serio contratiempo.

—¿Y si les pidiéramos ayuda? —sugirió Yalia de pronto—. Antiguamente existía lo que se llama derecho de asilo...

—Sí, pero quizás esos forasteros no quieran buscarse complicaciones —calculó Barrán —. Mira, salen más de la nave,

—Sí, la llegada de la patrullera llama su atención.

Siete u ocho individuos habían puesto ya el pie en el suelo. El aeromóvil de la policía estaba a punto de aterrizar a pocos pasos de distancia de la nave.

—¡Hola, amigos! —sonó una voz que los dos jóvenes identificaron en el acto—. ¡Bienvenidos a Zengland! ¡Soy el capitán Clarke, de la policía de la capital! ¿Están todos ustedes ahí presentes? ¿Queda alguno dentro de la nave?

—No —contestó uno de los recién llegados, adelantándose unos pasos—. Todavía hay adentro tres o cuatro. Yo soy el capitán…

El recién llegado no tuvo tiempo de continuar. Un terrible chorro de fuego brotó de la proa de la patrullera y, en un instante, todos los astronautas quedaron reducidos a cenizas.

CAPÍTULO X

Yalia abrió la boca para lanzar un grito de horror, pero Barrán reaccionó a tiempo y se la tapó con la mano.

—Agáchate —susurró a su oído—. Qué no nos vean o acabaremos convertidos en carbón.

Ella obedeció, temblando de pánico, mientras la nave policial se acercaba a la otra nave y lanzaba un chorro de fuego a través de la escotilla. Barrán conocía bien la potencia de aquella clase de armas y calculó que aquella descarga incandescente abrasaría todo cuanto encontrase con vida dentro de la nave.

Al cabo de unos minutos, el aeromóvil de la policía se retiró y se detuvo a quince o veinte pasos de la otra nave. Vaharadas de humo, con algunas llamas, brotaban de la abertura.

Clarke y sus acompañantes aguardaron un buen rato todavía. Pasado un cuarto de hora largo, Clarke dijo:

—Regresemos. La misión está cumplida.

El aeromóvil ganó altura y se alejó velozmente. Yalia sentía frecuentes estremecimientos.

—¿Por qué? ¿Por qué esa matanza en masa? —gimió.

—Esperemos —dijo Barrán—. La temperatura es muy elevada todavía y habrá de pasar mucho rato antes de que podamos entrar en la nave.

Yalia lloró. Aquella crueldad le parecía un acto de horror enteramente gratuito.

—No —contestó Barrán, cuando ella le comunicó sus sentimientos—; Clarke no es de las personas que hacen algo sin un poderoso motivo.

Atardecía ya cuando pudieron acercarse a la nave. En el suelo, reducidos a sendos montoncitos de carbón, yacían los cuerpos de los astronautas.

Tras algunas vacilaciones, Barrán se decidió a entrar en la astronave. El interior aparecía ennegrecido por todas partes. Todavía encontraron los cadáveres de seis tripulantes más, dos de los cuales habían intentado vanamente refugiarse tras la puerta de metal de uno de los camarotes.

La puerta había evitado que sus cuerpos quedaran carbonizados, pero no su muerte por un exceso de temperatura. Barrán se arrodilló al lado de los muertos y empezó a revisar sus ropas.

—¿Esperas encontrar algo? —preguntó ella.

—Documentación —respondió Barrán—. Tienen una figura idéntica a la nuestra, luego sus costumbres, con mayor o menor aproximación, deben ser también parecidas a las nuestras. Ah, aquí hay algo interesante —exclamó de pronto.

Barrán se puso en pie, con una cartera en las manos. Extrajo de su interior algunos papeles y empezó a leerlos.

De repente, sintió que le flaqueaban las piernas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Yalia, alarmada—. Estás muy pálido…

Barrán le entregó los documentos.

—Toma, lee tú misma —dijo—. Yo… no sé… Me siento mareado…

Yalia tomó los papeles que el joven le tendía. Barrán, mientras tanto, se sentó en una silla, oprimiéndose la cabeza entre las manos.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible tanta vileza? —murmuró, anonadado por el descubrimiento que acababa de hacer.

Yalia terminó la lectura y le miró fijamente.

—No sé qué decirte, Pedro —habló—. Me siento terriblemente culpable… Esto explica los asesinatos de los forasteros —añadió.

—La culpa no es tuya, Yalia, sino de un sistema establecido sobre la opresión y la injusticia —contestó él, a la vez que se incorporaba de un salto—. ¡Pero esto tiene que hacerse público…!

Yalia le agarró por un brazo.

—Pedro, sé prudente —recomendó—. ¿Crees que es el momento de hacer la revelación?

Barrán vaciló.

—Estoy acordándome de una cosa —dijo.

—¿Sí?

—El sobre que hallamos en el despacho de tu padre, Yalia.

—¿Por qué dices eso, Pedro?

—Por la sencilla razón de que vamos a hablar con John Mortimer, el Planetlord director de la emisora de televisión. Él acabará de disipar nuestras dudas.

—¿Crees que accederá?

—Le obligaremos —exclamó él en tono decidido.

—Pedro, por dos veces has entrado en mi casa, sin que nadie te viera. ¿No crees que puedes hacer lo mismo en el despacho de Mortimer?

Barrán reflexionó unos segundos.

—Sí, tienes razón —contestó al fin—. Mortimer es un Planetlord y podría negarse a contestar a nuestras preguntas.

—¿Cuándo vamos a la emisora? —preguntó ella, con ojos brillantes por la emoción.

—Estaremos allí lo antes posible —decidió Barrán sin vacilar.

* * *

Dan Bix se mostró complacido, pero también suspicaz.

—¿No habrá nadie que se vaya de la lengua, Harold?

—Respondo de mis acompañantes, señor —declaró Clarke seguro de sí mismo—. Saben que tienen una plaza en la nave de regreso y cerrarán la boca.

—¿Qué me dices de Candless?

Clarke se encogió de hombros.

—Usted es amigo de él —contestó.

Los dedos de Bix tabalearon sobre la mesa.

—Hablaré con él y le sondearé. Luego… veremos lo que pasa. A propósito, la partida de juego es mañana por la noche.

—Alguno de ellos podría negarse —temió Clarke.

Bix sonrió.

—Les he dicho que hay cuatro chicas preciosas que se encargarán de servir las bebidas —contestó—. Irán, te lo aseguro.

—Entonces, no se preocupe de más —dijo Clarke en tono de absoluta seguridad—. A propósito, ¿qué hay de la subasta?

—El juez la ha retrasado cuatro o cinco días —replicó Bix malhumoradamente—. Ha dicho que tenía que irse de cacería. Como no es un juicio criminal, no se le puede apremiar para que actúe.

—Bueno, de esta forma sale usted beneficiado. Así se queda sin posibles competidores. ¿Alguna noticia de la nave del comandante Lewis?

—Llegará justamente dentro de cinco días, hacia el amanecer. ¿Te encargarás tú de este asunto?

Clarke emitió una de sus características sonrisas.

—Está resuelto ya —contestó con aire de siniestra suficiencia.

* * *

La emisión había terminado hacía rato. En realidad, se trataba de unas sesiones bastante abreviadas.

En Londkland no había demasiados actores y el ingenio de los Planetlords se encaminaba más bien hacia el aumento de sus fortunas que no hacia las artes.

Caminando en completo silencio. Barrán y Yalia llegaron hasta las inmediaciones de la emisora, cuyas luces aparecían apagadas. Hasta las seis de la mañana siguiente no se emitiría un primer programa de noticias, que duraría unos quince minutos. Luego ya no habría más emisión hasta las doce, a no ser que se tratase de algún anuncio o noticia de interés planetario.

—Yo no he estado nunca ahí —dijo el joven—. ¿Conoces tú la situación de las oficinas?

—Desde luego. Ven, sígueme.

Yalia tomó su mano y caminó hacia una de las ventanas situadas en el piso bajo, hacia la parte trasera. El edificio estaba situado en una zona despejada de las afueras de la ciudad.

—La ventana está cerrada —observó él.

—Tendremos que arreglárnoslas de algún modo para entrar, Pedro.

Barrán asomó la cabeza por la esquina. Todo aparecía silencioso y solitario. Los primeros edificios se veían a más de cien pasos de distancia.

—Habrá que arriesgarse a hacer un poco de ruido —dijo.

Y, con el codo, rompió uno de los cristales de la ventana. Luego ya resultó fácil abrirla y pasar al interior.

Caminaron a tientas hasta que estuvieron seguros de encender luz sin temor a ser vistos. Entonces, Yalia le guió hasta el piso superior y leyó los rótulos de las distintas puertas.

—Aquí —dijo de repente, señalando la que tenía la inscripción Director en su frontis.

Barrán abrió la puerta y encendió la luz. A un lado divisó toda una fila de armarios de madera cerrados con llave.

Cada armario tenía varias subdivisiones, numeradas por años. Barrán buscó la del año actual.

—Está cerrado con llave —informó Yalia, contrariada.

—Eso no es obstáculo —contestó él, a la vez que sacaba su cuchillo de monte.

Forcejeó un poco. De pronto, se oyó un chasquido y el cajón cedió.

Había allí numerosas carpetas. Barrán hojeó sus rótulos, hasta dar con una cuya inscripción frontal correspondía a la del sobre encontrado en casa de Yalia.

—Ésta es —dijo satisfecho.

Sacó la carpeta y extrajo unos papeles de su interior, empezando a leerlos inmediatamente. A medida que avanzaba en su lectura, su indignación crecía más y más.

—¿Te das cuenta? Los Planetlords habéis estado engañándonos durante años enteros...

Ella le dirigió una mirada de reproche.

—Pedro, repórtate —rogó—. Yo estaba tan ignorante como tú de lo que sucedía. Sólo lo hubiera sabido al llegar a los treinta años.

—Es verdad, perdóname —se disculpó Barrán—. No pude contenerme, lo siento. Pero ¡qué miserables, qué canallas...!

—Te doy toda la razón, Pedro. No hay calificativos para juzgar a esa gente, de la cual reniego ahora mismo. Sin embargo, ¿por qué lo hicieron? ¿Por qué mantuvieron el engaño durante tanto tiempo?

Barrán no pudo contestar. Acababan de sonar pasos en el pasillo contiguo.

Los dos volvieron la cabeza al mismo tiempo. Antes de que pudieran reaccionar, se abrió la puerta y un hombre entró en el despacho.

CAPÍTULO XI

John Mortimer, director de la emisora de televisión, había olvidado unos documentos que quería estudiar antes de irse a dormir. Maldiciendo su descuido, regresó a la emisora y entonces fue cuando se encontró con dos intrusos en su despacho.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —exclamó airadamente.

El pelo teñido de Yalia y su tez morena le engañaron de momento, así como la barba de Barrán y su cara pálida. De repente, vio unos papeles en las manos de Barrán y sus pupilas despidieron chispas.

—¿Quién les ha dado permiso para fisgonear en mis archivos? —gritó.

Barrán avanzó hacia él, hirviendo de cólera.

—¿Quién nos ha dado permiso? —repitió—. ¡Maldito Planetlord, merecerías la horca, como todos los de tu inmunda ralea!...

Mortimer se quedó parado un instante. Yalia dio un paso hacia delante.

—¿No me conoce usted, Mortimer? —preguntó.

Mortimer fijó la vista en la cara de la joven.

—Son... sus facciones me resultan conocidas... —dudó.

—Soy Yalia Falldane.

Mortimer ahogó un grito de sorpresa.

—¡La asesina! —exclamó. Miró al joven y dijo—: Entonces, ¿usted es...?

—Sí —confirmó él—: soy Pedro Barrán.

El director de la emisora reaccionó y se abalanzó sobre el teléfono. Barrán fue más rápido y le golpeó la mano con la culata

del rifle.

Mortimer lanzó un chillido de dolor. Barrán le asestó otro golpe, ahora en el estómago, dejándolo sentado sin aliento en el suelo.

Los ojos de Mortimer se llenaron de lágrimas. Miró a Barrán y cobró miedo.

—No... no irán a matarme... —balbució.

—Se lo merecía —dijo el joven con duro acento—. Usted ha colaborado en este gigantesco engaño...

—¿Qué podía hacer yo, si me lo ordenaban? —trató Mortimer de disculparse.

—¿Y su conciencia? Pero, claro, usted es un Planetlord y lo que les sucediese a los Standards le tenía sin cuidado. Somos seres inferiores, buenos únicamente para trabajar como bestias y acumular riquezas para ustedes, ¿no es cierto?

Mortimer seguía todavía muy asustado. En su fuero interno, reconocía las razones del joven, pero la vista del rifle le impedía coordinar adecuadamente sus pensamientos,

Barrán blandió los papeles con la mano izquierda.

—Esto se hará público —aseguró—. Los Standards se levantarán contra vuestro injusto dominio y os barrerán a todos como ratas. La era de la opresión se ha acabado ya.

Volvió los ojos hacia la muchacha.

—Tenemos que irnos, Yalia —dijo.

—De acuerdo.

Barrán dobló los papeles y los guardó en el interior de la camisa.

—Es probable que se enteren de nuestra incursión en la emisora —apuntó—. Por tanto, vamos a impedir que consumen el engaño antes de tiempo.

—¿Cómo, Pedro? —quiso saber Yalia,

—Lo verás dentro de poco —respondió él a la vez que echaba a andar.

Mortimer continuaba en el suelo. Al pasar por su lado, levantó la rodilla y le golpeó brutalmente en el mentón.

—Es lo menos que te mereces —masculló.

* * *

El timbre del teléfono sonó con insistencia. Dan Bix alargó la

mano y levantó el aparato,

—¿Quién diablos me molesta a estas horas...? —rezongó con voz soñolienta.

—¡Señor Bix! ¡Soy Mortimer, director de la emisora de televisión! Barrán y Yalia Falldane asaltaron mi despacho y se llevaron unos papeles sumamente comprometedores…

Bix se sentó en la cama, despejado como por ensalmo.

—¿Qué papeles? —gritó.

—El último guión de noticias sobre la Tierra, redactado por el difunto Gran Planetlord...

Bix lanzó una espantosa maldición.

—¡Condenado estúpido! Pero ¿cómo pudo permitir una cosa semejante?

—Barrán me amenazó con su rifle —se disculpó Mortimer—. ¿Qué podía hacer yo? Todavía tiene que dar gracias de que olvidase unos papeles y tuviera que volver a la emisora. De lo contrario, habríamos tardado mucho más en saberlo.

—Tiene razón —admitió Bix—. Le ruego me disculpe, Mortimer; pero la noticia me pone furioso. De modo que ahora ya lo saben, ¿eh?

—Sí, señor; y por eso le ruego me indique lo que he de hacer.

—La cosa es sencilla. Llame a todo el personal de la emisora y póngala en funcionamiento. Yo enviaré guardias para protegerla. Usted se ocupará de dar un aviso, anunciando veinticinco monedas de cien libras esterlinas por la captura de los dos rebeldes, vivos o muertos. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—En cuanto a la policía, movilizaré todos sus efectivos. ¿Tiene usted alguna idea de adonde pudieron dirigirse?

—No, señor; sólo oí a Barrán decir que iba a evitar que se consumase el engaño…

—Está bien, haga lo que le he dicho cuanto antes. Dentro de media hora, todas las fuerzas policiales estarán buscando a ese par de forajidos.

Bix colgó el teléfono y se quedó pensativo durante unos momentos. Por fortuna, su mujer, que dormía en una habitación contigua, no había oído nada. Era mejor que siguiese en la ignorancia de lo que sucedía.

Por cierto, ¿cómo iba a impedir Barrán que se consumase el engaño?

Durante unos minutos, se devanó los sesos, tratando de desentrañar el significado de la frase. Luego, renunciando a ello, decidió llamar al capitán Clarke.

Era preciso ponerle en antecedentes de lo que ocurría. Además, dos cerebros podían pensar mejor que uno solo. Alargó la mano y llamó a la Jefatura de Policía.

* * *

La enorme astronave brillaba a la luz de las estrellas, en la vasta explanada del único astropuerto de Zengland, Durante años y años, los técnicos y operarios se habían afanado en ponerla a punto para el primer gran salto de regreso a la Tierra.

Un guardia se paseaba aburridamente por delante de la única escotilla abierta en aquellos instantes. Su sorpresa fue enorme al ver aparecer el cañón de un rifle debajo de sus narices.

—Si te estás quieto y guardas silencio, vivirás —dijo Barrán con gesto amenazador.

El hombre se estremeció.

—Yo... soy un Standard como tú...

—Un vulgar lacayo de los Planetlords —gruñó Pedro—. Yalia, desármalo.

El guardia tenía una pistola que pasó a poder de la muchacha. Barrán lo empujó sin contemplaciones hacia la nave.

—¿Hay alguien adentro? —preguntó.

—No. Hasta las ocho de la mañana no llega el primer tumo de revisores.

—¿Puede funcionar la nave?

El guardia se encogió de hombros.

—Imagino que sí, aunque yo no sabría hacerlo —contestó.

—Yo tampoco —refunfuñó Barrán—. ¿Sabes cómo encender las luces?

El guardia alargó la mano y tocó un interruptor situado junto al umbral. Millares de lámparas se encendieron al instante.

Barrán contuvo un grito de admiración al ver el fantástico espectáculo que ofrecía el interior de la nave. Yalia la había visitado

un par de veces y estaba menos impresionada.

—Me gustaría conocer la cámara de mando —dijo.

—Yo te guiaré —se ofreció la muchacha—. Conozco el camino.

Reanudaron la marcha, a través de corredores y escaleras que parecían no tener fin. Barrán encontró natural las dimensiones de la nave, teniendo en cuenta que había de ser capaz de transportar a dos mil personas por lo menos.

Minutos más tarde, llegaron a la cámara de mando. Barrán se dedicó entonces a una sistemática destrucción de los instrumentos de control y gobierno. Levantaba las tapas de las consolas y cortaba y arrancaba cables con ciego frenesí. Con la culata del rifle, rompía delicadísimos instrumentos, cuya reposición se imaginó habría de resultar sumamente difícil.

Minutos más tarde, la cámara de mando era un montón de ruinas. Satisfecho, Barrán dijo:

—Es hora de que nos vayamos, Yalia.

La muchacha asintió. Sin pérdida de tiempo, emprendieron el regreso, pero esta vez, Yalia, poco conocedora del ambiente en que se movía, equivocó el camino.

Yalia vaciló. Abrió una puerta y dijo:

—Por aquí no es.

Barrán miraba por encima de su hombro y le chocó la desmesurada longitud de la estancia que había al otro lado del umbral. Empujó la puerta y entró en aquella singular cámara.

Era de forma muy alargada. A derecha e izquierda había una larga hilera de armarios metálicos, con puertas que medían casi un metro de lado cada una.

Parecía una doble serie de cajones, situados unos sobre los otros y también contiguamente. La estancia medía unos cincuenta metros de largo y en cada pila tenía cuatro cajones, en cada una de cuyas puertas se leía un rótulo.

Mortimer empezó a leer los rótulos:

—Familia Meecham... Familia Tolliver... Familia Graves... ¡Eh, Yalia, aquí está el cajón correspondiente a los Falldane!

Yalia contempló el rótulo con aire de extrañeza.

—Será el armario destinado a nuestro equipaje —sugirió.

—¿Tan pequeño? —dudó él. Se volvió hacia el guardia—. ¿Sabes cómo se abre?

—No, no tengo la menor idea —contestó el vigilante.

—No importa, acabo de recordar que tengo una magnífica llave —sonrió Barrán—. Tápense los oídos, por favor —aconsejó.

Retrocedió dos o tres pasos y apuntó a la cerradura del cajón. Al tercer disparo, la cerradura saltó.

Barrán abrió la puerta. Una exclamación de asombro se escapó de sus labios al contemplar la enorme pila de lingotes de oro que había en el interior del armario.

El fondo del armario alcanzaba casi los tres metros. Barrán volvió la cabeza hacia Yalia.

La muchacha se sentía tremendamente desconcertada.

—Es la primera noticia que tengo de este oro —declaró.

Barrán paseó la vista por las dos largas hileras de armarios que llenaban la estancia.

—La cosa empieza a tomar sentido —dijo—. Sí, aquí hay una ingente acumulación de riquezas, conseguidas a costa del sudor, la sangre y la humillación de los Standards. ¿Lo entiendes ahora, Yalia?

—Creo... creo que sí —contestó ella, con voz insegura.

Barrán pegó un portazo. El golpe resonó casi musicalmente.

—Vámonos —dijo—. Los Standards tienen que enterarse de la verdad... ¡de toda la verdad! —declaró con voz resuelta.

Se volvió hacia el vigilante,

—Tú quedas libre —anunció—. Puedes hacer lo que gustes, pero después de lo que has visto, ¿qué dirás?

El hombre estaba sumamente impresionado.

—Lo diré todo —prometió.

—Está bien. Me alegra que empieces a pensar como un Standard. ¡Andando, Yalia!

Sin pérdida de más tiempo, se dirigieron hacia la salida. Esta vez, Yalia encontró el camino y no se extraviaron.

Casi era de día cuando llegaron a la escotilla. Apenas habían cruzado el umbral, oyeron una voz de tonos sarcásticos:

—Si lo prefieren, pueden continuar con las manos bajadas. Así tendré una justificación para disparar contra dos peligrosos asesinos —dijo el capitán Clarke.

CAPÍTULO XII

Dan Bix se paseaba como un león enjaulado por su despacho. Sentado en un sillón, Clarke fingía ocuparse de sus uñas.

—No sé por qué ha de estar tan nervioso —dijo—. Total, la nave del comandante Lewis llega mañana, la subasta se celebrará por la tarde y el juicio contra los prisioneros se verá pasado mañana. Sus competidores han desaparecido, ¿qué más puede desear?

—El juez, el juez es lo que quiero —gruñó Bix—. Esa maldita cacería...

—Nombre otro y asunto concluido —sugirió Clarke.

—No, el juez Farrington podría enojarse y necesito su colaboración. Hará todo lo que yo le indique, a condición de que no roce su amor propio. Hay que saber conocer a las personas, Harold.

—Entonces, no se preocupe de más. Tendrá la casa de Falldane y los prisioneros serán condenados a la horca.

—¿Han dicho algo? —preguntó Bix ansiosamente.

Clarke hizo un gesto negativo.

—No pase cuidado; yo me ocupé en persona de que no divulgasen ciertos secretos —contestó—. Incluso he puesto guardias de nuestra raza, con lo que la seguridad queda garantizada.

—Lo descubrieron todo, todo...

—Sí, pero ¿van a poder divulgarlo? Y aunque lo hicieran, ¿quién les creería? El engaño ha sido perfecto durante años y la mente de los Standards está acondicionada. Además, aunque les creyesen, ¿cuánto tiempo tardaremos en largarnos de aquí?

Bix meditó un instante.

—Podemos hacerlo a la mañana siguiente de la llegada de Lewis

—sugirió—. Lo que suceda aquí después, nos tendrá sin cuidado, ¿no crees?

Clarke sonrió satisfecho.

—Bien mirado, tiene usted toda la razón, —Se puso en pie—. Voy a dar una vuelta por los prisioneros. No quiero descuidar precauciones.

—De acuerdo.

Bix se sirvió una copa al quedarse solo y bebió el licor con avidez. «Todavía tres días más», se dijo. Tenía los nervios de punta y sólo se tranquilizaría cuando estuviese en el espacio.

Mientras, Clarke se dirigía al edificio del tribunal de justicia, en cuyos sótanos estaban los calabozos. Los vigilantes, todos Planetlords mayores de treinta años y cuidadosamente escogidos, le dejaron pasar sin obstáculos.

Clarke descendió a los sótanos. Sonrió satisfecho al ver a Barrán abatido tras la reja.

—Pronto patalearás al extremo de una cuerda, asesino —dijo con morbosa satisfacción.

Barrán no le hizo el menor caso. Clarke siguió adelante y se detuvo ante la celda ocupada por Yalia,

—Hola —saludó con fingida afabilidad.

Yalia le dirigió una mirada de desprecio.

—Eres tú el que debieras estar aquí —contestó.

—Sí, pero estoy fuera —rió Clarke cínicamente—. Dentro de cuatro días, serás juzgada. La sentencia se cumplirá a la mañana siguiente.

—¿Crees que llegará a ocurrir una cosa semejante?

—Tendré el placer de presenciarlo en persona —mintió Clarke, a la vez que pensaba que, cuando se celebrase la ejecución, se hallaría ya muy lejos de Zengland.

—Se sabe quién es el verdadero asesino —dijo Yalia—. Los dos crímenes fueron cometidos de la misma manera...

—Sí, sendas puñaladas en el corazón. Barrán tiene un pulso muy firme.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué Horoz escribió tu nombre casi completo con su propia sangre? ¿Por qué trataste de borrar con el pie aquella inscripción?

Clarke soltó un juramento.

—¿Quién te lo ha dicho? —gritó.

—¿Qué importa? —contestó ella—. Ocurrió así…

—¡Pero no hay pruebas!

—¿Tampoco las hay de los asesinatos que cometiste en persona contra aquellos forasteros?

Clarke se puso lívido.

—¿Cómo lo sabes? —aulló.

—Lo vimos Pedro y yo —contestó ella.

El asesino volvió a maldecir.

—Nadie tiene que conocer la verdad —masculló enfurecido—. Y aunque tú la repitas, no te creerá nadie.

—La nave está allí. Un día u otro será vista…

Clarke lanzó una estruendosa carcajada.

—Resultará demasiado tarde —dijo.

Yalia le miró con gesto de desdén.

—¿Y tu conciencia? —preguntó.

—¿Conciencia? ¿Qué es eso? —replicó Clarke burlonamente.

—Se nota que vas a emparentar con otro desalmado como tú. Pero ¿por qué ambiciona Bix tanto la casa de mi padre? La suya no cede en lujos…

—El sótano, hermosa, el sótano secreto. Ahora que no puedes salir de aquí, me permito revelarte nuestras intenciones, ¿Lo comprendes?

Yalia se quedó parada, «¿Un sótano secreto?», se preguntó, ¿Dónde estaba? ¿Por qué desconocía ella su existencia?

«No he cumplido aún los treinta años y mi padre no creyó oportuno revelar el secreto», pensó,

—Ah, sí, el sótano —dijo en tono casual—. Allí es donde mi padre guardaba su oro.

Clarke la miró con expresión irónica.

—Hay algo mucho más importante que el oro —contestó—, Infinitamente más importante, pero ¿a qué repetir una cosa que sabes tan bien como yo? Tu abuelo fue un genio de las matemáticas y la física superior… y mi futuro suegro y yo vamos a salir altamente beneficiados de su fantástico invento cuando el juez Farrington nos adjudique tu casa.

—Ya hablas en plural —observó ella.

—Naturalmente. Bix y yo somos ya carne y uña. Nada nos podrá

separar. ¡Nada! ¿Lo oyes?

Clarke volvió a reír con tonos estremecedores.

—Nos espera un porvenir brillantísimo —dijo—. Pero no aquí, en Zengland, por supuesto.

El asesino se marchó riendo. Al quedarse solos en el sótano, Yalia se agarró a los barrotes de la reja y gritó:

—¿Has oído, Pedro?

—Todo —contestó el prisionero—. Pero ¿qué quiso decir Clarke al mencionar el sótano secreto de tu casa?

—No lo sé —dijo Yalia—. Mi padre no me lo mencionó jamás. Yo hablé del oro, pero ya escuchaste la respuesta de ese desalmado.

—Si pudiera salir de aquí... —manifestó Barrán.

Pero sólo abandonaría su celda para asistir al juicio y para subir al patíbulo.

* * *

Afuera reinaba una expectación enorme. Por fin había regresado la nave del comandante Lewis.

En la cámara de mando, Dan Bix, escoltado por el capitán Clarke, que aparecía rígido y hierático tras él, hablaba con dos hombres.

Uno de ellos era el propio comandante de la nave. El otro era el emisario que los Planetlords habían aguardado con tanta impaciencia.

—Le presento al honorable Juan Zimar —había dicho Lewis, en el momento adecuado.

Bix había procurado evitar que se reflejara en su cara la repugnancia que le causaba el aspecto de Zimar. ¿Por qué el emisario había de ser un individuo de piel oscura y no un hombre de pelo rubio y ojos azules?

—Es un placer para mí conocerle, señor —dijo—. Nos alegran mucho sus manifestaciones, señor Zimar.

—Lo celebro infinito, señor Bix. En nuestro planeta se les aguarda con verdadera impaciencia.

Luego, la conversación tomó otros derroteros. Al cabo de un buen rato, Bix dijo:

—Por cierto, me gustaría conocer un ejemplar de su moneda,

señor Zimar. Si lo desea, puedo darle a cambio un ejemplar de la que usamos aquí.

—Oh, eso no tiene importancia —sonrió el emisario—. Tome este billete. He traído más muestras de otros productos nuestros y me gustaría llevarme muestras de los de Zengland en el viaje de vuelta.

—Será complacido —aseguró Bix, guardando el billete—. Comandante Lewis, ¿se encargará usted del alojamiento del señor Zimar?

—Con mucho gusto, señor —respondió el comandante de la astronave.

—A propósito —dijo Bix—, les ruego guarden secreto de lo ocurrido... por el momento, claro. Tengo la intención de dar mañana una emisión especial para comunicar la noticia y rogar serenidad al pueblo de Londkland. Se producirán muchos choques psíquicos, como puede comprenderse fácilmente y es preciso evitarlo haciéndolo de una manera suave y gradual.

—Pero... ¿es que no lo saben todavía? —exclamó Zimar, asombrado.

Bix simuló una sonrisa de confusión.

—No estábamos seguros del éxito del viaje —respondió—. Por eso preferimos guardar el secreto de su objetivo hasta tanto pudiéramos confirmar nuestras esperanzas.

—Comprendo —sonrió Zimar—. Bien, comandante Lewis, estoy a su disposición.

—En Londkland vivimos muy atrasados con respecto a ustedes, pero no carecemos de buenos alojamientos —declaró el astronauta.

* * *

El ascensor se detuvo. Clarke contempló con infinito asombro la enorme máquina que había en el fondo de aquel sótano.

—De modo que éste es el artefacto que... —dijo, aturdido por la emoción.

—Sí —confirmó Bix sonriendo—. Es el aparato que nos dará la fortuna. —Blandió el billete—. ¿Para qué cargar con la pesadumbre del oro, cuando esto sirve lo mismo y es muchísimo más liviano?

—Ahora comprendo —murmuró Clarke—. Bien, ¿cuándo

empezamos?

—Inmediatamente, muchacho.

Bix se acercó a la reproductora e introdujo el billete en uno de los alvéolos de menor tamaño. La máquina tenía otros accesos de tamaño muy superior, en los que incluso cabía un hombre.

Dos horas más tarde, la pareja contemplaba en el suelo del sótano una impresionante pila de billetes. Bix casi se mareó al calcular la suma que representaba aquel montón de papeles.

—¿Lo ves, Harold? —dijo, radiante de satisfacción—. El mismo volumen, en oro, pesaría mil veces más y tendría un valor diez mil veces inferior. ¿No te parece buena mi idea?

—Magnífica —contestó Clarke sonriendo—. Pero ¿no cree que necesitaríamos un poco más de dinero?

—Bueno, la máquina no se cansa, de modo que…

Bix se acercó al aparato y pulsó una tecla. En el acto se abrió una puerta de gran tamaño.

—Vaya, me he equivocado —dijo, simulando pesar—. ¿Eh, qué es eso que hay ahí adentro? ¡Mira, Harold!

Clarke se acercó al hueco. De repente, sintió un terrible empellón y cayó dentro de la máquina.

La puerta se cerró antes de que pudiera reaccionar. Bix puso el aparato en funcionamiento y luego hizo elevarse el ascensor, con el dinero a sus pies.

Un minuto más tarde, se abrieron dos puertas en la máquina. Dos hombres salieron y se contemplaron con recíproco asombro.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Harold Clarke I.

—Lo mismo podría decir yo, ¿no es así? —dijo Harold Clarke II.

—Tengo que eliminarte —manifestó el número uno—. No podemos vivir los dos.

—Yo también pienso igual que tú —contestó el otro.

Y ambos, al mismo tiempo, echaron mano a sus respectivas pistolas.

Los dos disparos sonaron como uno solo. Cada bala alcanzó de lleno un corazón.

En el último instante, Harold Clarke I tuvo todavía tiempo de pensar en la sangrienta burla que le había hecho Dan Bix. Maldijo su suerte, pero ya la inconsciencia definitiva se apoderaba de su espíritu.

CAPÍTULO XIII

—¿Qué le parece nuestro mundo, señor Zimar? —preguntó Lewis.

La expresión del interpelado era todo menos aprobatoria.

—Ustedes quieren integrarse en la Alianza de Planetas Terrestres y Paraterrestres, ¿no es así? —dijo,

Lewis se sorprendió un poco, pero acabó por encogerse de hombros.

—Yo no soy un político, sino un simple astronauta —contestó—. De todas formas, me imagino que ése ha de ser el propósito de los dirigentes de Zengland.

Zimar meneó la cabeza con gesto lleno de pesimismo.

—Temo que habrán de transformar muchas de sus estructuras si quieren ser recibidos en la Alianza —manifestó—. Por lo poco que he podido apreciar, aquí reina la injusticia y el favoritismo en beneficio de unos pocos privilegiados, quienes, curiosamente, tienen todos idénticos caracteres raciales. Si no desechan esos vanos prejuicios, si no abandonan arcaicas leyes discriminatorias, si no acuden a la Alianza llenos de buena fe, mucho me temo, repito, que les sea vedado el ingreso.

—Bueno, yo me imagino que nuestros dirigentes políticos arreglarán todo para que el asunto se solucione convenientemente.

—Para todos, absolutamente para todos, y no sólo para unos pocos —declaró Zimar de forma tajante—. Esto es algo que el señor Bix y sus colegas de gobierno tendrán que afrontar desde un principio o Zengland continuará aislado y sin posibilidades de progreso no sólo en el seno de la Alianza, sino también con otras

entidades políticas del mismo carácter, que existen en nuestra Galaxia, algunas de las cuales engloban centenares de planetas.

—Sospecho que hemos vivido demasiado aislados durante un tiempo excesivo —se lamentó Lewis.

—Lo cual, indudablemente, no les ha causado ningún beneficio —aseguró Zimar—. Por cierto, tengo entendido que hoy se celebra un juicio por asesinato.

—Así es, señor —respondió el astronauta.

—Me gustaría asistir —dijo Zimar—. Tengo interés en presenciar la forma en que se administra justicia en Zengland. Ello puede influir en mi informe, como usted puede comprender,

—No creo que haya ningún obstáculo. Por cierto, el señor Bix no se ha presentado todavía.

—Se lo habrán impedido sus muchas ocupaciones, comandante. ¿Cuándo nos vamos?

Lewis no pudo responder. En aquel momento llamaron a la puerta de la estancia.

—Adelante —dijo el comandante.

Un hombre abrió la puerta. Lewis apreció que el individuo estaba muy excitado.

—Comandante… yo… El señor Bix…

—¿Qué le pasa, Murchison? —exclamó Lewis—. Vamos, tranquilícese y hable de una vez.

—El señor… Bix… se ha apoderado de la nave y ha despegado inmediatamente hacia… hacia…

—¿Qué? —gritó Lewis—, ¿Quiere decir que Bix se ha marchado de Zengland?

—Así es, comandante. Usted recordará que hace ya algunos años hizo unos cuantos vuelos de instrucción y conocía perfectamente su manejo. Esta mañana fue al astropuerto y…

Lewis se sintió consternado.

—Ahora nos ha dejado sin enlace con…

—¿Usted cree? —terció Zimar con irónico acento—. ¿Piensa que la Alianza está gobernada por necios? Detrás de su nave zarpó otra llena de técnicos de todas clases: ingenieros, médicos, psicólogos y demás, quienes vienen a Zengland a realizar un estudio a fondo de las condiciones de vida en este planeta, el cual ampliará mi informe preliminar. No tema, pues por mí, comandante Lewis; no me

quedaré para siempre en Zengland.

—Pero… ¿por qué ha hecho eso Bix? —dijo el astronauta, que no se había recobrado todavía de la sorpresa recibida—. Encuentro que es una acción incongruente y sin sentido.

—Quizás él opine todo lo contrario, comandante —Zimar sonrió sin perder la calma—. ¿Qué le parece si asistimos al juicio? Debe de estar ya a punto de iniciar, ¿no le parece?

Lewis asintió en silencio, A juzgar por lo que acababa de escuchar a Zimar, tenía la sensación de que la misión que le había sido confiada no iba a resultar precisamente un éxito.

* * *

—Se inicia el juicio —anunció pomposamente el juez Farrington —. El secretario del tribunal puede dar lectura a la acusación.

La sala estaba repleta de público, entre el que reinaba una gran expectación. El número de Standards superaba ligeramente al de los Planetlords.

En medio de un silencio total, el secretario dijo:

—Pedro Barrán, Standard Clase C, antes A, de la que fue degradado por golpear a un funcionario de la policía, condenado anteriormente a la pena de veinte azotes y confiscación total de bienes, se le acusa de haber dado muerte al Gran Planetlord, muy honorable Jermyn Falldane. Yalia Falldane, antes Planetlady y desposeída de su rango por haber ayudado al anterior a burlar la justicia, se le acusa de haber dado muerte a Rol Horoz, Standard A. Eso es todo.

El juez miró sucesivamente a los acusados.

—Barrán, ¿se considera culpable o inocente?

—Inocente,

—Añada Señoría, Barrán —pidió el juez.

—No quiero darle un tratamiento al que usted no tiene el menor derecho —replicó el joven.

—Es inocente y yo también —gritó Yalia—. Fue el capitán Clarke quien mató primero a mi padre y luego a Horoz.

El mazo del juez golpeó con fuerza la mesa.

—Si los acusados no observan compostura, ordenaré que los desalojen de la sala y el juicio continuará sin su presencia —dijo.

—Dudo mucho que los policías le obedezcan, Farrington —sonrió Barrán.

El juez se puso lívido.

—¿Se atreve a decirme que los servidores de la ley se van a poner en contra de ella? —gritó.

Barrán volvió a sonreír. Salvo un par de sargentos, pertenecientes a la clase de los Planetlords, los demás eran Standards, como él.

—Estoy seguro de que dentro de unos minutos se avergonzarán del uniforme que llevan —dijo.

—Esto es inaudito. Jamás había escuchado insolencias de semejante calibre...

—Pues todavía tiene que escuchar más —dijo Barrán, sin inmutarse—. Por lo pronto, le diré que, a partir de este momento, ni yo ni ningún Standard le reconocemos como juez, ni tampoco reconocemos ninguna autoridad en los Planetlords. No podemos aceptar que la ley sea dictada y aplicada por quienes durante lustros enteros han estado manteniendo en la mayor de las ignorancias a los Standards, a quienes, canallescamente, han ocultado la realidad de lo que es y nunca fue. Los Planetlords, en suma, no tienen derecho a erigirse en clase dirigente y ahora menos que nunca.

El asombro era general en todos los presentes. Barrán se volvió hacia el estupefacto auditorio, que no había presenciado jamás una escena semejante.

—Ese hombre —señaló al juez—, no tiene autoridad alguna para juzgar ni los de su raza para gobernamos. No pueden, porque nos han estado engañando miserablemente con la promesa de devolvemos a la Tierra, cuando la radiactividad provocada por la guerra se hubiese disipado. Esa guerra jamás tuvo lugar y el planeta nunca estuvo deshabitado. Por el contrario, los terrestres han progresado más que nunca y el estado general del planeta es mil veces más satisfactorio que el de Zengland.

—¡Falso! ¡Falso! ¡Falso! —gritó Farrington, lívido de ira—. La Tierra está deshabitada y todo lo que ha declarado el acusado son calumnias con las que pretende desviar la atención del público de los execrables crímenes que ha cometido...

—Con la venia —sonó de pronto una voz clara y apacible—. Permítame su Señoría que le contradiga. El acusado tiene toda la

razón y ha expresado la verdad pura y simple. Jamás hubo una guerra nuclear en la Tierra y no se conoce ninguna época en que estuviera deshabitada, salvo, naturalmente, antes de la aparición de la primera pareja humana.

Farrington miró con repugnancia a aquel individuo de piel oscura.

—¿Cómo se atreve usted a hablar así, miserable negro? —exclamó—. ¿Quién le ha dado autoridad para proferir tan absurdos disparates?

—Soy Juan Zimar —declaró tranquilamente el interpelado—. Llegué ayer con la astronave del comandante Lewis, quien corroborará mis palabras. Si su Señoría quiere conocer mi cargo, le diré que soy comisario plenipotenciario del gobierno de la Alianza de Planetas Terrestres y Paraterrestres, cuya sede se encuentra en la Tierra.

Farrington se hundió en su asiento. Barrán y Yalia se contemplaron, exultantes de júbilo.

—Así es —dijo Barrán— y el director de la emisora de Televisión, Mortimer, confirmará también muchas cosas... entre ellas los guiones que se le entregaban con noticias falsas sobre el estado de radiactividad de la Tierra. Esas noticias sólo pretendían mantenernos sujetos a los Standards, mientras los Planetlords acumulaban ingentes riquezas, con las que un día hubieran huido a la Tierra, dejándonos aquí abandonados a nuestra suerte.

—La nave que los Planetlords pensaban usar en su primer viaje está inutilizada —intervino Yalia—. Hay allí una inmensa bodega, repleta de oro, repartido en grandes cajones, con el nombre de todas las familias Planetlords en ellos. Cualquiera puede ir y comprobarlo cuando le apetezca.

—Esto es el fin, esto es el fin —sollozó Farrington, anonadado.

Los dos sargentos de policía no se atrevían a intervenir. Sus subordinados les miraban de reojo y no precisamente con simpatía.

—Soy culpable de haber apaleado a Jermyn Falldane, pero soy inocente de su asesinato —declaró Barrán—. En todo caso, estoy dispuesto a someterme al juicio de un tribunal imparcial y no al de un juez que de antemano me había condenado a muerte, sólo porque somos de raza distinta.

—Y yo, por mi parte, digo que soy inocente de la muerte de

Horoz, a quien asesinó el capitán Clarke —exclamó Yalia—. Horoz no murió instantáneamente y tuvo tiempo de escribir casi completo el nombre de su asesino. La señora Horoz lo vio y así lo declarará.

—¡Es cierto! —gritó Ada Horoz—. Ella tiene razón.

—Además, declaro nula la confiscación de mis bienes y también la subasta que de ellos se hizo, mediante la cual pasaron a poder de Dan Bix, inspirador de los crímenes de Clarke —añadió la joven—. Esas decisiones suyas, juez Farrington, no tienen validez alguna. Como tampoco la tiene su cargo —concluyó despectivamente.

—Juez —gritó uno de los asistentes—, diga si es cierto o no que la Tierra está habitada.

Farrington parecía abrumado por el temor. Sonó un alarido unánime de alegría:

—¡La Tierra está habitada!

* * *

En la calle se oía un griterío ensordecedor. Todo era júbilo y alegría por la noticia.

Zimar se acercó a la pareja, que conversaban con algunos conocidos.

—Les felicito —dijo.

—Gracias, señor —contestó Barrán—. De modo que usted es un enviado especial de la Tierra.

—En efecto. El comandante Lewis fue allí, con una misión especial del gobierno de Zengland. Querían saber si habría dificultad para acoger a unos cientos de familias procedentes de este planeta. Algunas declaraciones de Lewis nos hicieron recelar de la pureza de intenciones de los solicitantes y ello motivó que yo fuera enviado aquí para realizar un informe preliminar. He podido darme cuenta de muchas cosas, nada justas la mayoría de ellas, pero, una vez se establezca aquí un gobierno elegido democráticamente, no habrá obstáculo para que Zengland se integre en la Alianza.

—Es una noticia esperanzadora, señor —sonrió Yalia.

—A ustedes les convendría darse una vueltecita por allí —indicó Zimar—. Verían y aprenderían muchas cosas útiles, que pueden servirles para su futuro. Si lo desean, podré proporcionarles un

pasaje en la nave que pronto llegará, para su viaje de vuelta a la Tierra.

—Se lo agradecemos infinito —dijo Barrán—. Es probable que, en efecto, hagamos ese viaje. ¿Qué te parece, Yalia?

—A fin de cuentas, descendemos de terrestres, ¿no? —contestó la muchacha.

—Bix escapó a la Tierra con la nave del comandante Lewis —dijo Zimar—. Me pregunto por qué hizo una cosa semejante.

—Durante muchos años, fuimos engañados y explotados inicuamente —manifestó Barrán—. Bix debió de presentir el fin del dominio de los Planetlords y quiso huir al castigo que aquí le esperaba.

Zimar meneó la cabeza.

—Temo que Bix ha cometido el mayor error de su vida —dijo enigmáticamente—. Pero lo que más me extraña es que, según los informes recibidos, no cargó un solo gramo de oro en la nave.

—Es extraño —comentó Barrán—. Bix no es sujeto a quien le agraden las incomodidades de la pobreza.

—Me pidió al llegar un ejemplar de nuestra moneda —dijo Zimar—. Como no sea que quiera meterse a falsificador...

—Tal vez —sonrió Yalia—. ¿Usan moneda en la Tierra para sus intercambios comerciales, señor?

—En el sentido usual que se da a la palabra moneda, no exactamente. Más bien podríamos llamarlos bonos con los que se adquieren las cosas necesarias. Pero nadie suele usar bonos en cantidad excesiva. Abunda el vestido, abunda la comida, las distracciones y el transporte son totalmente gratuitos y también la medicina y los medicamentos... ¿En qué puede uno gastar un puñado de bonos, si no lo necesita para nada?

—Aquí tendremos que estudiar un sistema semejante de intercambios —dijo Barrán.

Yalia le miró sorprendida.

—¿Cómo? Después de tantos años suspirando por volver a la Tierra, ¿hablas de quedarte aquí?

El joven tendió la vista ensoñadoramente a lo lejos.

—Mi Tierra es el planeta donde nací —contestó.

CAPÍTULO XIV

—Me pregunto —dijo Yalia poco más tarde—, qué quiso decir el capitán Clarke cuando mencionó el sótano secreto de mi casa.

—Tú no lo conocías, ¿verdad?

—No. —Yalia suspiró—. Sabes de sobra que hasta los treinta años, un Planetlord estaba ignorante de muchas cosas, entre ellas del actual estado de la civilización terrestre. ¿Te imaginas por qué lo hacían así?

—Es muy sencillo, Yalia —contestó Barrán—. A los treinta años, un Planetlord ya se había situado, estaba integrado en el sistema. No había, pues, motivo para temer que traicionase a los de su clase y revelara el gran secreto.

—Sí, eso debe de ser, Pedro. Pero ¿por qué?

—Al principio, recuérdalo, se necesitaba mano de obra en Zengland. El inmigrante que venía aquí lo hacía por una temporada solamente, ansiando regresar a la Tierra. Eso no convenía a los colonizadores del planeta y un día idearon esa gigantesca mentira, que todos mantuvieron años y años en secreto. Pero también se dieron cuenta de que podían acabar siendo descubiertos y estudiaron el plan de vuelta a la Tierra, todos ricos, naturalmente. De ahí las falsas noticias y las falsas exploraciones que no se realizaban y que se emitían puntualmente en la televisión. Por supuesto, la televisión estaba controlada por vosotros…

—Yo, no —protestó ella indignada—. Admitiré mi ascendencia, pero no cargaré con culpas ajenas.

—Dispénsame —rogó Barrán—, no quise ofenderte. Pero a los treinta años y casada con un Planetlord, ¿habrías revelado el

secreto?

Yalia vaciló.

—No especulemos con lo que no ha sucedido —contestó—. Lo único cierto es que te encontré a ti y que no me importan en absoluto quiénes fueron tus antepasados.

Barrán pasó el brazo por los hombros de la muchacha.

—Iremos a la Tierra, claro, pero sólo para conocer el mundo donde nacieron nuestros mayores. Zengland, a pesar de su tétrica historia, es un mundo que me gusta y que, en la inmensa mayoría de los aspectos, no tiene nada que envidiar a la Tierra.

—Éste es un mundo hermoso —suspiró ella—. Tienes razón, Pedro; viviremos aquí.

—Y aquí nacerán nuestros hijos, en un mundo donde la raza no contará en absoluto y sí la inteligencia personal y los méritos de cada uno, en un ambiente de paz y justicia totales.

La casa de Yalia se alzó de repente ante ellos. Yalia, mordiéndose los labios, dijo:

—Pedro, ¿qué habrá sido de Clarke? ¿Te das cuenta de que no se fugó con Bix?

—Se habrá escondido en alguna parte —opinó él—. Lástima, porque me hubiera gustado que nos explicase lo del sótano secreto.

—Quizá lo encontraremos nosotros.

—Podemos intentarlo, desde luego.

Entraron en la casa. El silencio era total. Recorrieron habitación tras habitación. De pronto,

Barrán encontró una puerta cerrada.

—Tendré que hacer saltar la cerradura —dijo.

—No importa. Adelante —le animó Yalia.

El poderoso hombro de Barrán venció el obstáculo. Al abrirse la puerta, vieron un enorme hueco situado en el centro de la estancia.

—¡El sótano secreto! —exclamó Yalia.

Barrán se asomó al borde. Un fuerte estremecimiento sacudió su cuerpo.

—¡Mira, Yalia!

Ella lanzó un grito de asombro.

—¡Es Clarke! Pero... hay otro igual a él...

—¿Un hermano gemelo?

—No, fue hijo único.

—Es extraño —murmuró Barrán—. ¿De dónde habrá salido ese doble de Clarke?

La mano de Yalia se crispó sobre el brazo del joven.

—Pedro, llamemos a Zimar —sugirió—. Él puede aclaramos muchas cosas; viene de un mundo donde existen cosas de las cuales no tenemos siquiera la menor idea.

* * *

Zimar examinó la máquina con ojos perspicaces. Sin volverse siquiera, dijo:

—Señorita, tengo entendido que su abuelo fue un notable físico y matemático.

—En efecto —concordó Yalia.

Zimar hizo un signo de aquiescencia.

—No hay duda —dijo—. Es un poco distinta, pero, en esencia, el funcionamiento es el mismo. Se trata de una reproductora.

—¿Cómo? —respingó Barrán.

—Una máquina que reproduce cualquier cosa que se desee, desde un granito de arena, hasta un ser humano con todas sus ropas y objetos personales, como están viendo ustedes.

Barrán lanzó una mirada a los dos cadáveres.

—Entonces... Clarke se duplicó...

—Sí, aunque no creo que por su voluntad —contestó Zimar—. Nadie lo hace, por causas fáciles de comprender.

—Entonces, fue Bix.

—Imagino que sí. Debió de engañar a Clarke y cuando la máquina funcionó, aparecieron dos seres exactamente iguales, incluso en el pensamiento. Por dicha razón, ambos pensaron simultáneamente que el otro no podía existir y dispararon a la vez.

Yalia se estremeció.

—¡Qué mente tan retorcida! —exclamó, llena de horror.

—En la Tierra se la curarán, no se preocupe —aseguró Zimar.

De pronto, Barrán lanzó una exclamación.

—¡Eh! ¿Qué es esto?

Junto a uno de los cadáveres, casi oculto por sus ropajes, asomaba un rectángulo de papel, de vivo color amarillo verdoso. Barrán se inclinó y lo recogió, entregándoselo a Zimar.

—¿Significa algo este papel, señor? —preguntó interesado.

Una divertida sonrisa se formó en los labios del terrestre.

—El enigma se hace cada vez menos oscuro. Por eso Bix me pidió un ejemplar de nuestra moneda. Sabía que allí se usan billetes, pero ignoraba cómo eran. Naturalmente, necesitaba un ejemplar para reproducirlo miles de veces y disponer así de dinero en abundancia. Los billetes son siempre más livianos de transportar, pesan menos que el oro y tienen un valor facial superior… o tenían en tiempos —concluyó.

—Entonces, ¿qué le pasará cuando descubran la falsificación? —quiso saber la muchacha.

—Tendremos que esperar a nuestra llegada a la Tierra para conocer el desenlace de esta historia —respondió Zimar.

* * *

—Bien —dijo Zimar, unos tres meses más tarde, mientras acompañaba a sus invitados a lo largo de una cinta deslizante—. ¿Qué les ha parecido nuestro planeta?

—Hermoso —contestó Yalia.

—Las obras de arte son lo que más me han gustado de todo —dijo Barrán.

—Hay mucho que ver en la Tierra, en efecto, y aunque ustedes regresarán a Zengland, no tienen prisa en hacerlo —sonrió Zimar.

—Quizá más de la que usted se imagina —contestó Barrán.

Zimar enarcó las cejas. Ruborizada intensamente, Yalia añadió:

—Pedro quiere que nuestro hijo nazca en Zengland —declaró.

—Dentro de unos seis meses —puntualizó Barrán.

—Una agradable noticia —comentó Zimar—. Ah, ya hemos llegado —exclamó de repente.

Zimar se salió de la cinta y lo mismo hizo la pareja. Los tres se detuvieron ante un edificio de modesto aspecto, en el frontis de cuya entrada podía leerse:

TRIBUNAL DE ASUNTOS RACIALES

—¡Vaya! —resopló Barrán—. Yo creí que el tribunal estaría

instalado en un suntuoso edificio, con mármoles pulidos…

—¿Para qué? —sonrió Zimar—. Los casos que se tratan aquí son muy poco numerosos y no se necesita más para dictar justicia en esta clase de asuntos. Pero, entremos, por favor; el juicio está a punto de comenzar.

Momentos después entraban en una sala de regulares dimensiones, decorada elegantemente, pero sin lujos. Dan Bix estaba sentado en el banquillo de los acusados y, al reconocer a la pareja, se puso lívido.

El tribunal estaba reunido ya. Lo componían cinco miembros.

Uno de ellos tenía la piel cobriza y se llamaba Pete «Pluma de Halcón». Otro era de ojos oblicuos y tez aceitunada. Su nombre era Tuang Toa.

El de piel amarilla respondía al nombre de Kishiro Hato. Había otro de piel negra, llamado Anselmo N'Bogongo, y el quinto, de piel clara, pero pelo intensamente negro, tenía el nombre de Simón Rodríguez.

Zimar y sus acompañantes tomaron asiento en uno de los bancos. Casi eran los únicos espectadores del juicio.

—Se acusa al procesado Dan Bix de desprecio a personas de otra raza —dijo el presidente Hato—. ¿Qué tiene que alegar el procesado en su descargo?

La cara de Bix estaba roja de cólera.

—Simplemente una cosa: vosotros no tenéis derecho alguno a juzgarme, cochinos pieles sucias. ¿Es que no veis que soy blanco, rubio y de ojos azules? ¿No os dais cuenta de la absoluta superioridad de la raza aria, a la cual pertenezco, sobre las vuestras?

El presidente no se inmutó.

—Si ésos son todos los descargos que el procesado presenta en su favor, lamento tener que decirle que el acto de autoacusación no puede estar más claro. ¿Conformes los demás miembros de este tribunal?

Cuatro cabezas se movieron al mismo tiempo. Todas afirmaban.

—¡Niego competencia a este tribunal de forajidos! —gritó Bix descompuesto,

—El acusado ha sido hallado culpable del delito que se le imputaba —declaró el presidente sin perder la calma—. La pena

que se le impondrá es la corriente en estos casos.

Bix sonrió despreciativamente.

—Sólo me podría juzgar un tribunal de Zengland y no lo haría, puedo asegurarlo, piojosos —dijo.

—El acusado está en un grave error. Su planeta, Zengland, ha sido integrado en la Alianza de Planetas Terrestres y Para terrestres y, por lo mismo, su gobierno, elegido libremente por el pueblo, acepta las leyes comunes a los demás planetas de la Alianza. Ésta sobre asuntos raciales es una de esas leyes —manifestó Hato.

—Pero ¡qué cuernos de ley...!

—El acusado puede estar tranquilo —siguió el imperturbable presidente—. No existe la pena de muerte y, por lo tanto, podrá vivir muchos años.

—Ya me parecía a mí. ¿Cómo vosotros, individuos de otras razas, podríais condenarme a muerte a mí? —exclamó Bix sin abandonar su actitud de desprecio.

—Aquí se ha juzgado ya el delito racial —dijo Hato—. Queda el delito de falsificación de moneda, que pasará a un tribunal competente,

Bix lanzó un juramento.

—Falsifiqué la moneda en Zengland —gruñó—. Que me juzguen allí.

—Pero fue en la Tierra donde intentó utilizarla y, por tanto, aquí se cometió el delito. Además, debo comunicar al reo que está en curso un proceso de extradición.

—¿Extradición? Magnífico. En Zengland me declararán inocente.

—Lo dudo mucho. En Zengland se le acusa de ser instigador y cómplice de varias muertes: Jermyn Falldane, Rol Horoz, Jem Lashley, Seth Hanall, Horace Dutts y Harold Clarke. El acusado tendrá que someterse a la justicia de los tribunales de aquel planeta, en el que, por cierto, se han abolido las antiguas castas,

Bix palideció,

—Entonces, ya... ya no hay... Planetlords...

—Eso es algo que pertenece al pasado —declaró Hato fríamente —. Por otra parte, allí también querrán juzgarle por el delito de haber engañado a la opinión pública, pero, repito, esto es asunto de los tribunales zenglandeses. Ahora, vamos a dar cumplimiento a la primera de las sentencias, la que se refiere a su delito racial.

¡Acusado, póngase en pie! —ordenó el juez.

Bix obedeció maquinalmente. Su aire de seguridad le había abandonado ya.

—Acérquese a la mesa. Verá cinco sobres. Elija uno de ellos. Ábralo y examine su contenido. Las sentencias están contenidas en los sobres y, siendo idénticas, son distintas en cada uno de ellos.

Barrán y Yalia escuchaban con infinita atención, sin perderse ni una sola sílaba de cuanto se decía en la sala. Bix alargó la mano y escogió un sobre.

—Ábralo —indicó Hato—. Dentro del sobre está la figura que usted llevará para siempre dentro de pocos días.

Temblando de pavor, Bix abrió el sobre y extrajo una fotografía. La contempló un segundo y, casi en el acto, lanzó un agudo grito y se desplomó al suelo.

Los guardias que lo custodiaban corrieron a auxiliarlo. Uno de ellos informó al juez:

—Señoría, se trata de un simple desmayo.

—No me extraña —contestó Hato—. Cuando se recobre, condúzcanlo a su encierro, hasta el momento de ser sometido a tratamiento. ¡El juicio ha terminado!

Atraído por la curiosidad, Barrán se inclinó y recogió la fotografía desprendida de las manos de Bix. La contempló un momento y luego se la enseñó a Yalia.

—Mira —dijo.

Ella se asombró enormemente. Luego volvió los ojos hacia Zimar.

—¿Cómo...?

—Un simple tratamiento epidérmico pero irreversible —explicó Zimar—. A partir de ahora, Bix será un individuo de raza negra. Ha sido su suerte, porque tenía cuatro tratamientos para elegir, correspondientes cada uno de ellos a las razas de los miembros del tribunal. Pero aquí, en la Tierra, ya no hay más que una raza: la raza humana.

Bix salía ya, sostenido por los guardias. Barrán lo miró compasivamente.

—Para él, no puede haber peor castigo —dijo.

—Es el mejor procedimiento para cortar de raíz veleidades racistas —aseguró Zimar—. Bien, el juicio ha terminado,

¿Continuamos las visitas turísticas?

Yalia palideció de pronto y se mareó. Barrán, solícito, la sostuvo por la cintura.

—Me parece que por hoy será preciso suprimir el itinerario turístico —dijo.

Zimar sonrió comprensivamente.

—Es cosa natural en su estado —manifestó—. Espero que su hijo crezca sano y sin prejuicios arcaicos e inmorales.

—Nosotros haremos que así suceda —afirmó Barrán—. En Zengland ya no habrá en lo sucesivo más que una raza: la misma que existe en la Tierra.

FIN